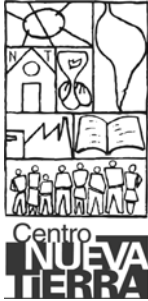


Los ritmos de la vida

LA PEDAGOGÍA Y LA POLÍTICA EN LA AVENTURA DE LA EDUCACIÓN POPULAR

Maria Valéria Rezende





LOS RITMOS DE LA VIDA

LA PEDAGOGÍA Y LA POLÍTICA
EN LA AVENTURA DE
LA EDUCACIÓN POPULAR

Coordinación general:

Néstor Borri y Fernando Larrambebere

Equipo:

Maria Pía Pawlowicz, Herminia Vega, María Luz Presa, Sergio Castanetto, Diego Jaimes, Carolina Balderrama, Mirta Braida y Sebastián Prevotel

Edición inicial del texto:

Yolanda Ortiz - Marcos Prevotel

Producción, edición final y diseño:

Sebastián Prevotel

Corrección:

Mirta Braida

PUBLICACIÓN DEL CENTRO NUEVA TIERRA PARA LA PROMOCIÓN SOCIAL Y PASTORAL

Piedras 575 P.B. C1070AAK / Capital Federal - Argentina

Tel fax: (0054-11) 4345 4774

cnt@nuevatierra.org.ar / www.nuevatierra.org.ar

Registro de la propiedad intelectual N° 261909

Primera edición:

Buenos Aires, Argentina; Mayo de 2005

Impresión:

Imprenta de Madres - Solís 490, Capital Federal

mauriciogalaz2003@yahoo.com.ar

Índice

INTRODUCCIÓN

La respiración de las preguntas	5
---------------------------------------	---

PARTE 1 - LA EDUCACIÓN POPULAR: EJES E IDEAS CLAVE

Satisfacción: la educación popular como opción de vida	9
Metodología: Los caminos desde la educación popular	11
Continuidad: un camino que no tiene fin	12
Imaginación: inventamos o erramos	15
Otros lenguajes: más allá del verbo	16
Preguntar: escuchar con otros sentidos	17
Disciplina: el compromiso en una larga tarea	18
Pueblo: entre el equilibrio y el cambio	20
Culturas: otros modelos de lectura del mundo	23

PARTE 2 - EL ENCUENTRO ENTRE LO PEDAGÓGICO Y LO POLÍTICO

La movilización en el Nordeste brasileño	26
Los ritmos de lo político y lo pedagógico	30
El enlace entre la memoria y la utopía	34

PARTE 3 - LA EDUCACIÓN POPULAR EN EXPERIENCIAS DE ACCIÓN COLECTIVA

Educación popular y acción colectiva	36
El nacimiento y la consolidación de EQUIP	37
Fortalecimiento de los movimientos populares	41
Redes sociales en el Nordeste brasileño	44

PARTE 4 - LA AVENTURA DE LOS EDUCADORES POPULARES

La educación popular como práctica de cambio	45
Superando muros	47
Saberes, capacidades y tendencias en diálogo	48
Preguntas genuinas	50

introducción

la respiración de las preguntas

Las ideas que son demasiado mías no me sirven para pensar
M. Merlau Ponty

Es sorprendente que en una temática como la de la educación popular abunden tantos planteos que se parecen más a catecismos que a invitaciones a pensar. Y que muchas veces, lo que deberían ser cuestiones básicas, en vez de funcionar como apoyos para levantar vuelos, se vuelven fundamentos, casi fundamentalismos.

La educación popular es una apuesta a la complejidad de la vida y a la apertura de la historia. O, podría decirse, un reconocimiento de que la sociedad “no cierra”, de que siempre está pendiente trabajar sobre los puntos de contradicción, poniendo en ellos palabras que abran nuevos sentidos, no sólo al nivel de la subjetividad y la interpretación, sino también en tanto creación de nuevas posibilidades reales de ser en el mundo, en la historia, en la vida de cada uno y de todos como sociedad. Es una apuesta a la complejidad, pero que no usa la complejidad como coartada para “no dar cuenta” de una comprensión del mundo que permita transformarlo: lo complejo de la historia no es un refugio para los que claudican en el pensamiento, ni un pretexto para los que, remitiéndose a una supuesta verdad inasible de los sectores populares, transforman en dogma lo que es simple basismo, y propician así la remisión a la comprensión “genuina” de las “bases” en un salvoconducto para reproducir su propia parálisis y dificultad para asumirse como protagonistas y responsables por la historia que hay que crear.

La historia, que se abre allí donde hombres y mujeres ponen una palabra de reconocimiento y libertad en el punto justo donde su ánimo de vivir, y su dignidad de creadores, entra en contradicción con la razón y la fuerza hegemónicas dominantes. Lo hace abriendo una ventana de sentido nuevo y posibilidades de resolver ese punto de contradicción, no con un simple oponerse, sino activando posibilidades colectivas de generar nuevas posibilidades, experiencias, iniciativas. Valéria Rezende es una gran contadora de historias; se nota en el material que sigue a estas páginas. Una gran conversadora, incansable en sus anécdotas y apasionada en la polémica, cuyos escenarios y temáticas van del cañaveral del Nordeste brasileño a las oficinas

de Brasilia o Río de Janeiro; de Timor Oriental a Cuba y, finalmente, de Joao Pessoa, en donde vive, a Puerto Iguazú, en donde compartió con nosotros tres intensas y cálidas jornadas de compartir y pensar colectivamente. En el corazón de esas historias es que se encuentran las ideas en movimiento, las fronteras de los conceptos, y el final de cualquier receta: allí donde la mano y la palabra transforman cualquier prospecto en una escalera que hay que tirar apenas uno la usó para subir.

La vocación por la pregunta que constituye el criterio nuclear, primario, de la educación popular, nos invita también a cuestionarnos los posibles significados de ésta última en el contexto argentino actual. En los últimos años, especialmente a partir de la profundización de la crisis social y la transformación y caída de la credibilidad de todas las dirigencias –especialmente las políticas–, muchos momentos y grupos han retomado la inquietud y el discurso de la educación popular. En muchos casos con una energía e inquietud que siempre son bienvenidas. En otros, desgraciadamente con alguna liviandad; y, en otros tantos, incluso como ropaje nuevo para un dogmatismo ideológico ya conocido.

En este sentido, en Argentina, nuestra cultura política nos desafía a pensar cómo procesar este largo camino de la educación popular, que tiene uno de sus orígenes en la necesidad de dar respuesta y alternativas a las rigideces y descalificaciones de la razón ilustrada y de la izquierda dogmática. Sabiendo esto, nos encontramos en nuestro país con una cultura política y una experiencia histórica: un populismo sui generis como es el peronismo, cuya matriz tiene una influencia central hoy día en la vida política de los sectores populares. Aquí, “populismo” no está dicho con ningún tono valorativo, sino señalando una cultura política que le hizo y le hace lugar efectivo al pueblo, reconociéndolo y constituyéndolo, más allá de los devenires de ese reconocimiento y los usos de esa cultura. La experiencia histórica de conquistas sociales, la manera en que se plasmó en el imaginario y en el repertorio de luchas de los sectores populares, que es la contracara de esta manera de comprender la política (o, también, de esta “política de compresión”), asimismo aparece como memoria y horizonte, como caja de herramientas de las maneras populares de comprender la vida, la historia. Y como matriz y condición para cualquier proceso de aprendizaje. Esta es una de las claves de escucha e interrogación que consideramos necesarias para activar los aportes de la educación popular –y los de Valéria– en nuestro contexto.

Por otro lado, queremos comprender la educación popular en nuestros tiempos democráticos, en las fronteras de nuestra democracia hoy y aquí. “Frontera” porque nos encontramos con los límites históricos de la secuencia abierta en los años ‘80 al finalizar la dictadura; “frontera”, también, porque

desarrollamos la acción educativa con los sectores sociales que el ajuste económico –iniciado en la dictadura, pero profundizado en la democracia– dejó en los bordes de la dignidad, sumergidos bajo el umbral de la pobreza y también de la indigencia. La frontera de la exclusión, tal como se da en Argentina, con su historia y sus estructuras, sus prácticas y sus interpretaciones, invita a pensar una educación que permita construir una palabra solidaria en una tierra arrasada; y a reconstruir unas prácticas y unos discursos sobre y por los derechos que no se pueden remitir simplemente a decir que “los pobres son protagonistas de la historia”, como una consigna cálida y entusiasmante, cuando los pobres, en las condiciones en que viven, apenas si pueden hacerse cargo de sus propias vidas. Por eso, la educación popular, como herramienta de trabajo y comprensión de la construcción de ciudadanía, interroga la noción de ciudadanía y, a la vez, manifiesta la necesidad de una reconceptualización de algunas de las intuiciones y desarrollos que le han dado vida. Porque algunas de las categorías y prácticas que en su momento le han dado vitalidad, perfectamente –dado que estamos ante una práctica histórica– pueden hoy ser un corsé que no le permita fecundar transformación alguna, apenas reproducir guetos de militantes autoconvencidos de lo que predicán. Es en este sentido que, en las Escuelas de Ciudadanía, ponemos a dialogar la educación popular con las prácticas de fortalecimiento de la experiencia democrática de los sectores populares.

Finalmente, hay un conjunto de características que queremos rescatar y recalcar de los aportes de Valéria: La consistencia de una opción de vida, que no se traduce en una rígida militancia sino en una experiencia vital rica y variada, abierta justamente a lo vital y a los encuentros. La trayectoria y continuidad de las experiencias que comparte, que contrasta con tanto “experimento rápido” y acción dispersa que bajo el rótulo de educación popular –y mucho más cuando se trata de “fortalecimiento de la sociedad civil” o la “acción solidaria” en general– revolotea sobre la experiencia de los sectores populares como golondrinas que nunca hacen verano. Por último, el reconocimiento abierto de la educación popular como un movimiento social de contornos abiertos, con colores y tonalidades diversos, a lo largo y lo ancho de América Latina, revitalizado por la capacidad de reconocer nuevas fronteras y horizontes de acción donde recrear las opciones éticas y pedagógicas iniciales. En ese sentido también sentimos una correspondencia, unas ganas grandes de andar esos caminos desde el proyecto Escuelas de Ciudadanía, con horizonte nacional y latinoamericano, con amplitud de miras y consistencia de “escuela”: ánimo de permanecer en el tiempo y plasmarse como proyecto sólido y abierto a la vez, superando la fragmentación de las “capacitaciones” y “formaciones” eventuales. La aventura interminable que

la educación popular requiere mediaciones que le permitan madurar en propuestas consistentes y perdurables en su capacidad de cambiar y sostener cambios.

Con el ritmo de las palabras, la cadencia de las historias y la curiosidad que anima a los que tienen el preguntar como vocación, les proponemos entonces recorrer estas páginas, subirse a ellas y desde allí ver la vastedad de los horizontes que se abren cuando, animados por el deseo de encontrarnos, nos animamos a subirnos a nuestros sueños políticos y pedagógicos, y todos los sueños que marcan nuestra historia y nuestras historias con el ritmo de la vida.

Fernando Larrambebere - Néstor Borri
Proyecto Escuelas de Ciudadanía
Centro Nueva Tierra

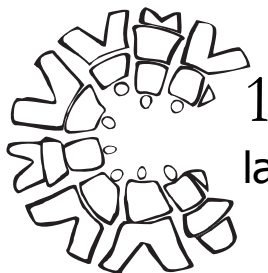
Los siguientes contenidos pertenecen a la memoria de un taller con Valéria Rezende, en el marco de la Formación de Formadores del proyecto de Escuelas de Ciudadanía, realizado los días 3, 4 y 5 de septiembre de 2004 en la localidad de Puerto Iguazú, Misiones.

Maria Valéria Vasconcelos Rezende empezó a militar en la JEC, en Brasil, a los 13 años y fue dirigente nacional del movimiento desde 1962 hasta finales de 1964.

Participó de la planificación y entrenamiento de los estudiantes para el Plan Nacional de alfabetización que era dirigido por Paulo Freire, basado en su metodología, y que fue abortado por el golpe de militar brasileño. Es religiosa desde 1965. Desde entonces, se ha ocupado casi exclusivamente de educación popular, en un sentido más amplio, primero en comunidades de la periferia de S. Paulo y con la oposición sindical clandestina de obreros metalúrgicos., En el principio de 1989 pasó 3 meses en Chile estudiando y trabajando con Paulo Freire, que en aquel tiempo trabajaba en el ICIRA (reforma agraria del gobierno Frei), y acababa de escribir pedagogía del oprimido.

En 1971 partió al exilio, trabajando en Europa, Argelia, EEUU y México. Volvió en el final de 1972 directamente al Nordeste de Brasil, en donde trabajó en el sertão. Desde entonces, ha vivido en el Nordeste, hasta 1987 en el medio rural, haciendo sobre todo educación sindical y formación político-social de comunidades eclesiales de base. En 1981 creó el Servicio de educación popular de la Diócesis de Guarabira (SEDUIP), hoy autónomo y todavía muy activo. En 1987 la Escuela de Formación Quilombo dos Palmares (EQUIP), para dirigentes y educadores populares de los 9 estados del Nordeste brasileño.

Ha escrito mucho para el medio popular en leguaje "democrático" (pedagogía, historia, sociología, economía, etc.) y también ficción (cuentos y novelas).



la educación popular: *ejes e ideas clave*

Satisfacción: la educación popular como opción de vida

Para conversar sobre ejes y claves de la educación popular quisiera que partamos desde el reconocimiento de la “satisfacción”. Puede parecer un poco raro que en lugar de usar criterios de selección de las experiencias que fuesen “más objetivos”, nos propongamos pensar la educación desde la satisfacción, según un sentimiento. Esto tiene una razón que viene de mis convicciones y mis años de experiencia. Es que el núcleo de la educación popular es el educador. Ser educador popular no es una profesión, no es una capacitación: es una opción de vida. Lo que hace a un educador popular, es la pasión y la convicción profunda de que la vida puede ser mejor. Es que todos los individuos desean eso, y en todos hay un potencial de participación para la transformación de la vida. Y es también que la transforma-

ción satisfactoria de la vida social sólo se puede hacer con la contribución de todos. No por una razón únicamente ética (porque todos tienen el derecho a participar), sino por una razón objetiva. La complejidad del ser humano como individuo, y de la vida social, es tan grande que los motivos que llevan a la gente a actuar o a no actuar (eso también es una manera de acción) son tan complejos que cuando empiezas a mover algo no sabes qué va a pasar con lo demás, porque todo empieza a moverse, todo está conectado con todo. Para lograr una planificación que tenga mayores posibilidades de “resultar en lo bueno”, necesitamos de todos los puntos de vista posibles. Nadie puede mirar una situación “entera”, completamente, ni en su profundidad. Necesitamos de las distintas miradas. Enamorarse de esa posibilidad es anterior a la capacitación en metodologías y demás.

*Quien
realmente se
haya
enamorado va
a ser un buen
educador
popular.*

Una de las señales de que estamos haciendo una educación popular que vale la pena es el grado de alegría que logramos a cada paso, aún cuando tenemos fracasos. Aún las contradicciones son, para nosotros, fuentes de estímulos, porque nos dicen que nuestra intervención sí mueve alguna cosa. Eso es lo que nos va moviendo. La educación popular no se hace sin la persona y el involucramiento personal de alguien. Es el proyecto de vida de alguien. Eso es muy importante reafirmarlo hoy, porque no es evidente.

Como muchas ideas y muchos movimientos sociales, el movimiento de educación popular en América Latina es un movimiento social que se fue diseminando. Claro, las fuerzas conservadoras siempre tratan de recuperarlo. Hoy, hacer educación popular –por lo menos en el Brasil– es algo que está de moda. Hay una inflación de proyectos sociales de ONGs; dicen que se crean 200 por día en Brasil. Ahora, todas las empresas, las multinacionales, los bancos hacen fundaciones y proyectos, financian acciones al punto que las empresas de publicidad tradicional están en crisis. La profesión de publicitario, que era de la más buscada por los jóvenes y de más prestigio, se está cayendo porque han descubierto que, en el contexto actual, financiar proyectos sociales les resulta más rentable para tornar simpática su marca, con mucho menos dinero de lo que gastaban para hacer miles de películas y comerciales. Hace poco tiempo, se hizo en Sao Paulo un gran seminario sobre el “tercer sector” como mercado de trabajo. Parece que fue una discusión fuerte, porque algunas de las personas que habían sido invitadas para hacer conferencias, que vienen de una raíz auténtica de trabajo social en la línea

de la educación popular, han visto, desde la misma convocatoria, que se trataba de una visión totalmente distorsionada del campo de la acción social, y lo han denunciado. Es una ilusión pensar que eso se va a establecer y durar como un mercado de trabajo como cualquier otro; no es simplemente una profesión más, que se aprende en cursos académicos, porque no resulta en nada si no hay pasión. Quebrándonos la nariz, sufriendo, disputándonos, peleándonos, vamos aprendiendo. De eso no tengo ninguna duda. Quien realmente se haya enamorado va a ser un buen educador popular.

Entonces, “satisfacción”: esa es mi primera palabra clave viniendo de la persona, de su pasión, del enamoramiento. A veces nos van a acusar de románticos, porque estamos viviendo en conflicto entre esas dos concepciones que tienen que ver con el apasionamiento por un lado y con el “profesionalismo” por el otro. Incluso las fuentes más tradicionales, como las agencias de cooperación de las iglesias, están muy afectadas por este tema del profesionalismo: el profesionalismo, con un significado muy conservador, ha empezado a ser, desde hace algunos años, un criterio muy importante en sus evaluaciones de proyectos y instituciones. Ahora hay maestrías y doctorados en educación popular en universidades brasileñas; incluso cadenas de universidades privadas están creando especializaciones y maestrías en intervención social, educación popular, inventando cualquier cosa para vender la mercancía. De repente, ese tipo de diplomas y papeles empiezan a ser considerados como indispensables para los que se proponen a trabajar junto al pueblo pobre en educación popular, economía solidaria,

apoyo a la organización comunitaria, etc. Eso crea mucha confusión. Sabemos que eso va a pasar, pero de verdad es un combate que tenemos que librar. No quiere decir que no tengamos que saber nada, que tengamos que quedarnos en el voluntarismo, en la buena voluntad. No se trata de eso. Eso que puede valer mucho en ciertas situaciones –el conocimiento formalizado, el estudio, la sistematización de la metodología–, no vale nada sin esa condición de fondo: una opción de vida por los valores históricamente responsables por la gestación del movimiento de educación popular en América Latina.

Metodología: los caminos desde la educación popular

La educación popular no se puede vincular a cualquier tipo de método mecánico, que funcione independientemente de quienes lo usen. No hay un saber ya hecho y definitivamente sistematizado que basta “aplicar” en distintas situaciones. Ese es uno de nuestros problemas: hay que investigar y crear constantemente. Los movimientos políticos revolucionarios, los partidos y otros tipos de organizaciones que tienen un compromiso con la clase trabajadora –eso nadie lo niega–, no necesariamente tienen las convicciones de las que hablé. En general están lejos, por ejemplo, de la idea de que hay que oír a todos para poder comprender más ampliamente y más profundamente a la realidad. El leninismo vulgar, que ha prevalecido durante la mayor parte del siglo XX, y cuya influencia todavía ha dejado huellas en la formación de muchos de nosotros, es autoritario en el sentido del conocimiento. Dice que hay una ciencia revolucionaria a la cual todo el

pueblo no puede acceder porque es una alta ciencia: el acceso a ella es un papel reservado a una vanguardia intelectual que se concretiza en el partido revolucionario. Por eso los partidos son de militantes y no de masas. Los partidos revolucionarios clásicos nunca han sido para todos, han sido partidos de dirigentes, gente que domina la ciencia, interpreta la realidad para los demás y les da la consigna de cómo actuar. En ese campo, no tiene sentido hablar de educación popular. Tiene sentido hablar de conducción, de dirección, para las masas y para el pueblo, pero no de educación popular. No estoy discutiendo la sinceridad del compromiso. Tengo amigos que dieron su vida por su causa, pero con esta visión. El problema es que esa comprensión de la relación entre intelectuales y pueblo, si ya no se expresa muy frecuentemente en partidos revolucionarios –porque ya no los hay tantos–, se transfiere frecuentemente a proyectos e instituciones que se proponen apoyar a los movimientos populares, a organizar políticamente el pueblo, promover el cambio social y la democratización, etc.

La característica del movimiento que se ha identificado con la expresión de “educación popular” es tener una visión distinta de cuál es el camino para el cambio. Pero la forma autoritaria y conservadora de tratar el conocimiento está tan hecha carne en nosotros, y el proceso de toma de decisiones es tan entrañablemente autoritario, que tenemos que buscar todo el tiempo tener una mirada crítica sobre en dónde estamos, en qué tenemos que rehacer nuestra postura y sobre nuestra manera de ver eso. Por ejemplo, la cuestión de la pedagogía del diálogo freireana: no hay nadie en el campo

Esa comprensión de la relación entre intelectuales y pueblo, si ya no se expresa muy frecuentemente en partidos revolucionarios, se transfiere frecuentemente a proyectos e instituciones que se proponen apoyar a los movimientos populares, promover el cambio social y la democratización

Sea lo que sea aquello que hagamos, se van a provocar nuevas situaciones que van a desafiarnos de otras maneras...

democrático que no se proponga dialogar, que niegue la actitud dialógica, pero muchas veces, en la práctica, la forma aparentemente dialogal es como una concesión que los educadores hacemos a la gente, hacemos preguntas apenas para que ellos se sientan valorados, o sencillamente como un artificio para conducirlos a decir lo que nosotros ya sabemos y queremos que digan. La pregunta que abre el diálogo es una herramienta indispensable de la educación popular, pero tenemos que hacer nuestras preguntas desde el reconocimiento profundo de que no lo sabemos todo. Hay cosas que el otro –cualquier otro, especialmente el otro popular– sabe y uno no, y si no preguntamos nunca podremos saberlo.

Continuidad: un camino que no tiene fin

Estamos hablando de un camino que no tiene fin, porque se trata de ponernos colectivamente en mejores condiciones para seguidamente analizar la realidad y actuar para cambiarla. Al actuar para cambiarla, la movemos; pero no llegamos al paraíso al moverla. Tenemos que volver a analizarla. Las fuerzas y las contradicciones se van agudizando y generando nuevos desafíos. A veces nos da satisfacción estar moviéndonos donde nada se movía, pero eso quiere decir que nos estamos metiendo en algo que se va a complicar. Aunque tengamos la impresión de que hay una realidad que está totalmente parada, que no pasa nada, las contradicciones están por todas partes. Muchas veces, tenemos la impresión de que no pasa nada. En las competencias de lucha romana, hay veces en que los dos luchadores están en el suelo totalmente inmóviles,

porque uno está dominando al otro y no se mueven. Entonces, tienes la impresión de que no hay nada, pero hay una confrontación de fuerzas brutal que se está dando ahí, con una apariencia de inmovilidad. Cuando logras mover algo, eso trae otro episodio, otros golpes, otras reacciones, otras contradicciones. En el proceso de educación popular, nadie se “forma”, ni saca diplomas de educación popular. Sea lo que sea aquello que hagamos, –porque hay programas distintos que han sido creados según lecturas de la realidad y distintas adhesiones iniciales– se van a provocar nuevas situaciones que van a desafiarnos de otras maneras y seguramente eso se va a multiplicar y exigir otros programas de formación, de investigación de la realidad, de acción.

Respecto a la formación que podemos recibir para esto, el criterio para ponerla en juego es como si nos dieran un montón de ingredientes para hacer un pastel. Para decidir con qué vamos a rellenar nuestro pastel, o si le vamos a poner más o menos huevo, por ejemplo, hay que preguntarle a la gente concreta con la que trabajamos. Fácilmente tenemos un montón de respuestas hechas de sobre por qué el pueblo actúa de determinado modo. Esas respuestas pueden haber sido correctas en algún momento, pero seguramente hoy ya no lo son. Es importante dar la palabra o preguntar. El educador popular es aquél que pregunta, y no lo hace solamente por ser una orientación metodológico-didáctica consagrada. Pregunta porque necesita saber y cree que del pueblo vienen respuestas indispensables. Respuestas que no son definitivas, pero que te esclarecen y te provocan. Veamos un ejemplo: hay lugares en que no existen organizaciones

sociopolíticas, sólo hay organizaciones... de baile folclórico (por ejemplo). Suele verse que hay muchas familias que son muy pobres pero hay un miembro que participa de esos espacios y gasta el poco dinero que tiene para comprarse la ropa, las botas, la indumentaria del baile. Eso puede parecernos a primera vista una señal de inconciencia, pero habría que preguntar por qué lo hace, qué es lo que ganan con eso, qué es lo que están recibiendo, qué es lo que están buscando con eso. A lo mejor vamos a descubrir que es una cuestión de identidad, de dignidad, de valores que están más allá que los valores materiales, se trata de lo que es más humano. Como el hambre de belleza, que es más humana que el hambre de comida. Es un planteo de identidad que es previo a la conciencia y a la acción política. No hay política ni hay ciudadanía sin identidad fuerte. En Brasil, también hemos estado investigando para comprender esos fenómenos. Ahí hay algo, hay una semilla desde la cual se puede construir conciencia política. Indudablemente hay contradicciones, porque toda esa gente, que hace un esfuerzo muy grande para su folklore y sus tradiciones artísticas, seguramente está en contradicción con el mercado cultural globalizado. Eso es una cuestión de estructura social y también es política. Desde esa cuestión que parece desconectada de lo político, y un poco alienada, podemos tocar algo que es central y crucial en toda la problemática de política internacional que estamos viviendo, aquello que tiene que ver con imposiciones culturales, la transformación y mercantilización de la cultura, etc. Son cuestiones fundamentales. No tiene ningún sentido que empecemos por hablar

a esa gente del problema del ALCA en general, por ejemplo. Tenemos que partir del punto de todo eso que conecta directamente con su vida cotidiana. No hay vida humana sin sociedad, y no hay vida social que no esté conectada hoy con el mundo. A lo mejor hay algún que otro grupo indígena, todavía metido ahí en el Amazonas, que no está conectado con la sociedad globalizada –y aún así está en contradicción con ella. Entonces, desde lo real concreto vivido por la gente, siempre se puede llegar a todo, porque la conexión es real. Por eso la importancia de la pregunta; por eso no podemos adivinar cuál es el punto, se lo tenemos que preguntar a la gente. Cuando digo preguntar no lo estoy diciendo tan literalmente, aunque en parte es así. La educación popular es indisociable del espíritu de investigación, por eso el educador popular es quién se educa.

Paulo Freire decía que todos somos educadores-educandos y educandos-educadores. Eso puede parecer un juego de palabras y hay mucha gente que lo repite como tal, pero no lo es. Es la expresión de algo muy verdadero. Puede ser que en nuestras organizaciones tomemos las decisiones solos porque tenemos cierta experiencia acumulada. A lo mejor, si preparamos nuestras actividades basándonos en nuestros conocimientos y experiencias anteriores, y la gente acepta lo que proponemos, las cosas inicialmente pueden andar bastante bien. Si oímos a todos, y la gente tiene menos experiencia, quizás va a proponer algo que ya sabemos que resultará en un desacierto... pero el desacierto será de todos. Eso va a hacer que todos se sientan responsables y quieran saber qué fue lo que hicieron mal. Lo van a descubrir y va a ser apro-

La educación popular es indisociable del espíritu de investigación, por eso el educador popular es quién se educa.

No podemos tomar nada por enteramente conocido, aunque hayamos nacido y vivido ahí todo el tiempo. Desde que alguien empezó a moverse, la realidad ha cambiado. Si no nos movimos nosotros, se ha movido el mundo y ha provocado cambios de significados y de relaciones

piado de una manera que va, en un primer momento, a dar la impresión de retraso por ese error. Pero después, evaluando su camino, el grupo va a tomar un ritmo mucho más rápido. Pienso en casos que conozco muy bien, grupos en los que hay un "gurú", una persona que de verdad tiene una experiencia acumulada enorme y que suele decir cómo se tienen que hacer las cosas, sosteniendo que así van a funcionar. Y sí, van a funcionar, pero la tendencia va a ser la de quedarse en lo ya conocido si no se asume nunca el riesgo de hacer un experimento –que puede resultar o que puede ser un fracaso pero que nos va a enseñar algo nuevo y nos va a sacar de la eterna repetición. Por eso me molesto mucho cuando veo ciertos manuales metodológicos que dicen cómo se hacen las cosas. Eso no puede ser, porque, si se está haciendo educación popular y acción popular, se mueve la realidad y aparecen otras dimensiones, otros problemas, que no habíamos percibido antes y para los cuales no hay respuesta metodológica ya hecha. Claro, hay algunos principios que son fundamentales –de hecho, lo que estoy diciendo es un principio fundamental. Tenemos que estar interrogando siempre a la realidad, no podemos tomar nada por enteramente conocido, aunque hayamos nacido y vivido ahí todo el tiempo. Desde que alguien empezó a moverse, la realidad ha cambiado. Si no nos movimos nosotros, se ha movido el mundo y ha provocado cambios de significados y de relaciones. A veces las mismas acciones, las mismas costumbres, que parecen ser lo mismo que se hacía tres años atrás, como están en un contexto distinto ganan nuevas significaciones. Usualmente, muy fácilmente, dividimos las cosas entre lo tra-

dicional y lo nuevo. Tengo muchas dudas sobre la tendencia a pensar la tradición como "tan tradicional". Las cosas, los comportamientos, resisten, continúan existiendo porque han ganado nuevos significados que les permiten integrarse –por contradictorios que sean– con el contexto actual. Aparentemente, pueden ser los mismos comportamientos, pero no son los mismos, tienen otros significados, otras conexiones. Tenemos que descubrir eso todo el tiempo, porque ahí está la posibilidad de acción, de mover.

Un ejemplo: Tuvimos, en el Brasil, por largo tiempo, la visión de que los movimientos de la juventud que valían la pena, que eran campo para la educación popular, tenían que ver con los grupos de la pastoral de jóvenes del medio popular, los grupos de jóvenes del Movimiento de los Sin Tierra, los grupos juveniles de los partidos políticos de izquierda, etc... "La juventud organizada que va a transformar la realidad", esa era la gente que invitábamos para los cursos. Mientras tanto, se multiplicaban los grupos de hip-hop, street dance, graffitis, y todo tipo de pandillas en las periferias de las ciudades. Tendíamos a verlos con la connotación que les daba la prensa: alienación, marginalidad, criminalidad. Hasta que se empezó a investigar para entrar en contacto con esos grupos. A través de un grupo juvenil se propuso un festival de música y se hizo un concurso con un tema para sus composiciones de *rap*. Creíamos que iban a inscribirse 10 o 12 grupos y aparecieron 28. El premio era solamente la grabación de un CD (un CD "artesanal" que se produjo sencillamente con una grabadora de cinta y una computadora). A partir de eso, se les propuso una discusión de política cultural juvenil, sobre re-

presión juvenil, sobre cómo valorar su arte, etc. Desde entonces, están muy integrados con los otros movimientos dentro de la red de movimientos juveniles. Los jóvenes “comprometidos”, “concientes”, también miraban a esos otros jóvenes como marginales, como peligrosos. Al conocerlos, vieron que tenían otro lenguaje pero que había muchos puntos en que podían converger. Nos costó mucho llegar a eso. Durante muchos años, tratamos de combatir la condición de los jóvenes, sacarlos de ahí con otra cosa; todo para volver al mismo punto que nos dice que no hay vida social, popular, que no esté en contradicción con las formas de dominación. Es un desafío descubrir donde está el punto de contradicción que puede movilizar.

Imaginación: inventamos o erramos

En la palabra “imaginación” resumo otras ideas como “sueño”, “creatividad”, “inventividad”... Uno de los grandes desafíos que tenemos ahora los educadores populares es que todos los modelos y los intentos de transformación social que se han puesto en práctica, sistematizado, “propagandeado”, probado hasta ahora en el mundo, no sirven más, por lo menos no como se ha intentado antes. No hay modelo ya hecho al que podamos recurrir a la hora que nos preguntamos qué hacer. Tenemos que inventar lo que nunca ha existido, ese es el desafío que tenemos. Cuando digo “nosotros” es “nosotros con nuestros pueblos”. Nuestra vocación de educadores populares es ser fermento de esa búsqueda junto con el pueblo. No lo podemos hacer sólo nosotros y, a lo mejor, el pueblo no lo puede hacer sin nosotros –en el sentido de que

alguien tiene que poner las buenas preguntas. Esa es nuestra misión: poner las preguntas que empiezan, que lanzan la búsqueda de nuevas respuestas. Tenemos que inventar cosas que no existen ni han existido, tenemos que inventar el futuro. A lo mejor, cuando se realice, no va a ser como lo imaginamos, pero no importa. Si no imaginamos cosas que nos inciten, no nos moveremos y no haremos experimentos que sean de verdad innovadores. Hoy más que nunca, “imaginación” es una palabra clave. Hace 15 o 20 años, todavía teníamos la ilusión de que había caminos científicamente probados para transformación social. Hoy ya no podremos creerlo; tenemos que inventar. Inventar no solamente el camino para cambiar, sino también qué cambios queremos, cómo va a ser la sociedad que queremos. Claro que la vamos inventando a medida que vamos luchando por ella, porque tampoco podemos dibujar el futuro, eso ya sabemos que no es posible. Entonces, tenemos que hacer un esfuerzo por desarrollar nuestra capacidad de imaginación, de invención, que va junto con la autoestima de creer que sí, somos inventores. No hay dos clases de gentes: los inteligentes, creativos y geniales por un lado, y los comunes por el otro. No. Todos somos capaces de inventar. Eso puede traer y –de hecho trae– una pista técnico-metodológica. En ese sentido, he estado haciendo un experimento que hasta ahora ha funcionado muy bien: me llamaron para un taller de educación popular y de análisis de la coyuntura y de experiencias de educación y lucha, y propuse que en los intervalos hiciéramos un taller de poesía, intercalado. Descubrí que el resultado es fantástico, porque la gente no lo toma en serio, sino como un jue-

Esa es nuestra misión: poner las preguntas que empiezan, que lanzan la búsqueda de nuevas respuestas.

Vivimos en una sociedad jerárquica y uno de los criterios de la jerarquización es el dominio de un determinado tipo de lenguaje verbal

go y por eso no se inhibe, crea libremente. Con todos los grupos donde he hecho eso, al final del último día, hay en las paredes un poema escrito por cada uno de los participantes, siempre, nunca falla. El arte es un medio pedagógico importantísimo y tiene que ser tomado más en serio. El aparato de pensar y de inventar es uno sólo. Comenzar a moverlo, a liberar la mente para inventar, es fundamental. Inventar otra sociedad es más complicado que inventar un poema, pero si ni siquiera me atrevo a inventar un poema, no voy a inventar otra sociedad. Esa cosa de la imaginación es un tema muy importante. Estoy tendiendo a darle más importancia a la imaginación que a la ciencia. No es que no crea que la ciencia es importante, es que no es eso lo que está faltando. Si tú entras a una librería, hay montones de ensayos y de especialistas, e incluso los puedes llamar para que vengan a decirte las últimas novedades; pero la imaginación no está en ninguna librería, no se puede comprar. Sí, están impresos los frutos de la imaginación de otros, pero lo que no existe lo vamos a tener que inventar nosotros. Tenemos que entrenarnos para eso, tenemos que meternos, tenemos que perder la timidez y arriesgarnos.

Otros lenguajes: más allá del verbo

Los “lenguajes no discursivos” son otra idea que considero clave. Esto es algo fundamental en educación popular, porque vivimos en una sociedad jerárquica y uno de los criterios de la jerarquización es el dominio de un determinado tipo de lenguaje verbal y exclusivo. Para eso sirve la escuela, vamos a la escuela para aprender a hablar de una determinada mane-

ra. La manera en que uno habla y cómo sabe armar un discurso formalizado le da el “derecho” de estar en cierto lugar. Los que no han recibido la formación y las instrucciones para eso, ya desconfían de sí mismos. El habla es uno de los factores de división social más fuertes. Como “por suerte” nuestro sistema escolar sólo se ha fijado en este lenguaje verbal discursivo, podemos decir que es sólo ahí que hay una diferencia sensible entre las clases sociales. Cuando pasamos a otros tipos de lenguajes, el lenguaje corporal, el dibujo, construir cosas, a veces la habilidad se invierte: el que no ha tenido mucha escolarización –factor que está en el criterio de jerarquización– a veces es mucho más habilidoso, tiene mucho más libertad de hacerlo porque no está “lleno” de criterios, ni ha sido tan reprimido. Todos nosotros fuimos a la escuela para aprender a usar un cierto lenguaje... y para que nos pudieran reprimir como pintores, dibujantes, bailarines, etc. Todos los niños dibujan cosas lindísimas; cuando salen de la escuela ya no dibujan más. Los niños son todos actores, son todos ficcionistas; inventan historias fantásticas, juegan representando y encarnando sus personajes. La escuela asegura que al salir con su diploma, ya ninguna de esas cosas hayan quedado, salvo en algunos muchachos que han sido considerados talentosos. Se dice que ahora no es hora de eso, que es hora de estudiar. Entonces, la gente que ha tenido menos oportunidades de subir la escalerita social no ha sido tan reprimida. Esto invierte la cuestión: lo mejor no es estar más escolarizado. Esto es muy importante porque se destapa este silencio impuesto a la gente: es un silencio verbal. En el Nordeste del Brasil hay una tradición de poesía popular muy fuerte,

la gente crece oyendo los cantantes e improvisadores. Toda la gente tiene capacidades para hacer eso. Desde mi equipo de trabajo, porque queríamos que la gente participara más en la construcción de los talleres, al principio les pedíamos que hicieran una comisión de informes o de memorias y eso era un drama. Les proponíamos la forma con la que nosotros habíamos sido entrenados y no les funcionaba a ellos. Hasta que un día, espontáneamente, la síntesis de la discusión que acabábamos de tener fue sacada en versos por un participante. Era una memoria del encuentro muy bien hecha, estaba todo ahí, en versos improvisados en el estilo de la poesía popular nordestina. A nosotros no se nos había pasado por la cabeza la posibilidad porque lo pensábamos desde otro lugar. Esa cuestión del lenguaje también es fundamental. ¿Cuál es el lenguaje con el cual el pueblo se siente más libre?

Preguntar: escuchar con otros sentidos

A veces hay una manera de preguntar sin preguntar, que es la paciencia para mirar y oír lo que se está diciendo y haciendo. A veces tenemos una ansiedad de estar haciendo algo, y no sabemos sencillamente sentarnos, estar en silencio, oyendo y mirando. Por ejemplo, me di cuenta de eso cuando estaba viviendo en un pueblo en el interior, en donde una vez al mes venía el médico o llegaba la medicina para distribuir, porque allá no había farmacias. Entonces, todo el pueblo iba a hacer la cola y nos sentábamos bajo los árboles; era en una plaza porque no había puesto de salud y el médico atendía en la terraza de la casa del político lo-

cal. Había que esperar horas y yo me irritaba con aquello. Una vez –confieso– llegué a pagarle a alguien para que me guardara el lugar; tenía algún dinerito, así que pagué a un muchacho para guardarme el lugar y fui a hacer otras cosas porque yo no podía estar “perdiendo tiempo”. Un día me di cuenta de que no era perder tiempo. Si me calmo, me entrego y me pongo a oír la conversación de la gente, voy a aprender. Muchas veces tenemos esa ansiedad de estar cumpliendo con tareas y no nos damos cuenta de que hay una tarea anterior, que es la tarea de mirar y oír, probar y tocar. O sea: utilizar nuestros cinco sentidos para conocer la realidad. No solamente la mirada y el oído, con ese sentimiento de estar perdiendo el tiempo cuando no estamos nosotros actuando. (Con eso no estoy proponiendo que los educadores populares se pasen la vida en la cola...) Por ejemplo, las conversaciones que se oyen en los colectivos: si tenemos una actitud investigativa, una actitud permanente de pregunta, lo que la gente está diciendo tiene sentido. Para mí puede no tenerlo, pero para ellos lo tiene, y es mi problema descubrir qué sentido tiene. El educador popular es el que pregunta, el que se despierta por la mañana preguntando “¿en qué mundo estoy?” y se va a acostar preguntando. Es el que tiene una actitud de curiosidad permanente que viene de la convicción de que cuanto más se sabe menos se sabe, y de que hay todavía un montón de cosas por saber. Para comprender la vida del pueblo, que justamente no es discursiva, tenemos que poner en acción nuestros otros sentidos. Hasta los chismes, las conversaciones “de comadres”, nos pueden enseñar mucho.

Muchas veces tenemos esa ansiedad de estar cumpliendo con tareas y no nos damos cuenta de que hay una tarea anterior, que es la tarea de mirar y oír, probar y tocar.

Ningún relato dramático es el retrato exacto de la realidad, pero tampoco la exposición ordenada de un sociólogo lo es.

Con un relato dramático, uno está dando su lectura de la realidad. Ningún relato dramático es el retrato exacto de la realidad, pero tampoco la exposición ordenada de un sociólogo lo es. Un relato es una lectura, una elección que se hace sobre qué cadena de hechos vale la pena contar. Es un desafío para nosotros interpretar, qué es lo que eso nos está diciendo. Tiene que decirnos algo de cómo siente la gente, de qué es importante para ellos, qué es lo que les da indignación, qué es lo que los escandaliza, qué es lo que le parece natural, qué es lo que les parece extraordinario. Es desde esa materia prima que se va a generar visión crítica, se van a generar propuestas de cómo cambiar las cosas, se van a generar evaluaciones de la realidad, se van a generar nuevas ideas. Sin eso, alguien puede tener ideas generales, pero no se insertan en la vida cotidiana. Si hacemos una lectura de la realidad latinoamericana, a partir de los análisis científicos, de los ensayos sociológicos, económicos, antropológicos, podemos llegar, con bastante racionalidad, a la conclusión de que con la historia y las estructuras que nuestros pueblos han tenido que aguantar, no existe más nadie en América Latina, que estamos todos muertos, acabados, o mudos, estropeados, ciegos y enfermos mentales. Pero el pueblo está ahí, y todavía se divierte, tiene hambre pero baila, inventan chistes sobre las cosas más dramáticas y tristes –el pueblo brasilero, por ejemplo, es el más bromista sobre cosas dramáticas y trágicas.

Hay algo más que tenemos que incluir en nuestra visión. Ese “algo más”, que es medio imponderable y que a lo mejor no se ha inventado instrumento científico para leerlo, es nuestro campo, es ahí

donde está nuestra curiosidad. Es un ámbito de la realidad que sólo un cierto tipo de identificación afectiva y de presencia concreta permite ver. Eso tiene que ver con el primer comentario que hice sobre el conocimiento y la pasión, de la opción de vida, que hace un educador popular. Si no tenemos adhesión afectiva, hay cosas de las que no nos vamos a dar cuenta nunca.

Disciplina: el compromiso en una larga tarea

Un ejercicio que hemos hecho algunas veces, con nuestro equipo en Brasil, fue darle a la gente una agenda vacía, de dos semanas. Se le pedía a cada uno que llenara cómo estaba su cronograma en esas dos semanas para reflexionar juntos sobre eso. Es el otro lado del compromiso y de la opción de vida por la transformación social, por la educación popular: puede ser que nos llenemos de tareas y tareas, y si hay todavía un huequito en nuestra agenda, le metemos una reunión más. Y puede que estés pasando completamente al lado de lo que está pasando en la sociedad. Muchas veces me di cuenta de que había meses en que no hablaba con nadie “normal”, de la calle; pasaba de una reunión a otra, a un e-mail, a un llamado telefónico a otros compañeros que estaban metidos en los mismos programas que yo. Entonces me daba cuenta que estaba perdiendo el encuentro de la realidad, estaba como secuestrada en el medio de los militantes, yo misma me secuestraba. Esa es una tendencia que he encontrado por todas partes, incluso entre los compañeros que se agotan y empiezan, después de una edad, a tener problemas de salud que son resultado de

esto. El problema no es sencillamente sentirse bien, sino que también está faltando el tiempo para otro tipo de experiencia de la realidad... ¿Cómo vamos a comprender la vida del pueblo si no estamos en el medio de ella, si nosotros vivimos un estilo de vida totalmente fuera de lo cotidiano de la gente?

Tenemos que ser duraderos porque la tarea es larguísima. Nos proponemos influir en el curso de la historia humana. Eso es cosa que no se hace en pocos días. Entonces, tenemos que durar mucho, eso es una obligación militante, no podemos quemarnos en poco tiempo. Otra cosa que va junto con eso, es que no tenemos que escoger entre cuidar de nosotros mismos y estar dedicados a "la causa". Hay maneras de hacer las dos cosas. Si voy a la playa y estoy atenta, eso me enseña sobre la vida de la gente, me prepara para comprender mejor determinadas reacciones, me prepara para saber en que fechas se puede o no montar un taller. Por ejemplo: en el pueblo donde vivo, el año entero tenemos entre 25° y 32° de temperatura, el mar ahí está a 27° y la playa es gratis. Es una ciudad estrecha y larga que está construida en una faja de tierra entre la playa y el río, de manera que desde cualquier punto de la ciudad, en 10 minutos en colectivo o en media hora caminando se llega la playa. Pero, por alguna razón que todavía no he comprendido, entre mayo y el 7 de septiembre, la gente que nació y se crió ahí, no va a la playa. El día 7 de septiembre, que es el día de la independencia, y por lo tanto siempre es día feriado, la gente va a la playa porque es la inauguración del verano. Es algo tan importante como el carnaval o el día de Navidad. Entonces, no tiene sentido poner un taller ahí y que-

rer obligar a la gente, a fuerza de militancia, a dejar de ir a la playa. Ir a la playa, en este caso, no es hacer una opción entre mi compromiso militante de educadora popular y cuidar de mi misma. Las dos cosas se hacen en el mismo acto. Descubrir el potencial educativo, informativo, investigativo, de participar en la vida social en los momentos de recreación, es algo que tenemos que manejar, si no lo hacemos bien hay peligro de exceso de seriedad. A veces, en los militantes hay una "tradición" de sacrificio y mortificación, que dice que si lo que hacemos no es serio, aburrido y sufrido no va a servir. Esto condiciona para que determinados niveles de la vida del pueblo no sean comprensibles, porque ahí está su dinamismo (fuera de los lugares clásicos de la lucha política). Esa es otra cosa que es nueva para nosotros: comprender que no está lo político por un lado y otros aspectos de la vida por el otro. No hay nada en la vida que sea neutral desde el punto de vista político, porque no hay nada en esta vida y en la vida social que no esté atravesado por disputas de poder. Hoy día eso es evidente; todo se ha mercantilizado, todo se vende, todo se compra, todo es materia de disputa. Entonces todo es político.

El adherir al colectivo implica necesariamente renunciar a algo de lo individual. Porque hay que tener acuerdos, no puede funcionar un colectivo sin determinados acuerdos. Esos acuerdos no van a coincidir con la voluntad individual de nadie. Muchas veces sí, porque hay alguien con poder para imponerlo a los demás. Si de verdad tenemos la suficiente posibilidad de expresión y de decisión común, y creamos acuerdos, esos acuerdos no van a coincidir enteramente con los de-

No hay nada en la vida que sea neutral desde el punto de vista político, porque no hay nada en esta vida y en la vida social que no esté atravesado por disputas de poder.

*¿Cómo se
llena este
espacio entre
las voluntades
individuales y
las
posibilidades
de construir
un colectivo
más fértil que
la simple
suma de
productos y
felicidades
individuales?*

seos de nadie. La disciplina no es algo que tiene valor en sí mismo, no creo en la disciplina por la disciplina. La disciplina tiene valor cuando es a la condición para integrarse en un colectivo y hacerlo productivo. Es un acto de amor y coherencia. Si quiero tener un lugar, un papel, en un colectivo, si quiero que me quieran ahí, tengo que renunciar muchas veces a otras cosas, pero es una elección. Tengo que escoger qué quiero... ¿Quiero ser el individuo, la "isla", o quiero tener mi lugar en un colectivo? Cualquier cosa llevada a lo absoluto es una tontería. Platón decía que no se puede considerar plenamente educada o desarrollada la persona que no sabe ocupar su lugar en un todo, que no es capaz de entrar en el conjunto para generar algo que es superior a lo que cada uno pueda hacer aisladamente. ¿Cómo se llena este espacio entre las voluntades individuales y las posibilidades de construir un colectivo más fértil que la simple suma de productos y felicidades individuales?

No tiene sentido que se impongan disciplinas sólo para entrenar a la gente. Eso es para el deporte. La disciplina es resultado del compromiso: si queremos estar juntos, entonces tenemos que crear las condiciones para ello. Durante un tiempo, trabajaba en un proyecto de escuelas alternativas para niños que estaban fuera del sistema educacional porque su vida cotidiana era en la región cañera, y los muchachos se iban cortar caña porque si no la gente no comía. La escuela no coincidía. Luchamos para que el calendario de la escuela de nuestra región cambiaba para adaptarse a eso, pero no se consiguió. Entonces, empezamos a crear escuelas que tenían su ventaja, estaban totalmente desvinculadas del siste-

ma educacional y del currículum oficial. Una de las cosas que teníamos que hacer era crear, en cada escuelita, sus leyes de convivencia. Me acuerdo de una vez que llegué a una escuela y los niños habían estado poniendo en un afiche en la pared los acuerdos que habían hecho. En el afiche decía: "*aquí nadie es hermano de nadie*". Le pregunté a la gente qué quería decir eso, qué tipo de acuerdo era y cómo llegaron a él. La explicación fue que se había dicho que nadie puede pegarle a nadie en la escuela, pero en el lugar había hermanos, y, en la cultura del lugar, el mayor podía pegarle al más chico que no se había comportado bien. Entonces, después de una discusión llegaron al acuerdo de que adentro de la escuela "nadie es hermano de nadie". Todo colectivo implica reglas e implica limitar al individuo. Es un limitar en lo inmediato para un despliegue más adelante.

Pueblo: entre el equilibrio y el cambio

Hay situaciones muy extremas en las que lo único que podemos hacer es estar y esperar el momento en que va a pasar algo en que se pueda movilizar la gente. Me acuerdo siempre de la historia de tres monjas que, en el período de los años '70, se fueron a vivir en una favela. La gente del lugar, cuando quería salir de allí tenía que atravesar un arroyo. Lo que único que tenían para atravesarlo era un tronco de cocotero. El arroyo era bastante ancho. Las monjas se morían de miedo para cruzar; la gente pasaba a los saltos. Para las monjas ese era el gran problema de esa comunidad. Estaban buscando algo que pudiera movilizar a la gente y la cosa que les parecía más evidente era exigir-

le a la alcaldía que les construyera un puentecito un poquito más ancho. Empezaron a ir a las casas insinuándole a la gente que era muy peligroso cruzar el arroyo con el tronco de cocotero y la gente les daba la razón. Después de hacer todas estas visitas contando este drama, la gente se apiadó de ellas. Entonces, luego de eso, cada vez que ellas iban a atravesar el arroyo venían dos muchachos corriendo para ayudarlas. Cuando vino una lluvia fuerte, una inundación se llevó el tronco de cocotero. Entonces, volvieron a insistir en ir a la alcaldía. A la mañana siguiente, había otro tronco de cocotero. Las monjas estaban desesperadas porque no encontraban una forma de empezar a organizar a la gente. A los tres años, alguien compró la finca en donde estaban los cocoteros y los cortó a todos. Ahí se creo una crisis y las monjitas aprovecharon la situación. Probablemente, si no hubiesen estado ahí las monjitas, ellos hubieran inventado otro sistema para hacer un puente precario, con llantas viejas por ejemplo. Pero las monjas aprovecharon y ahí se pudo dar un paso más. Para gente muy pobre, el sobrevivir cada día, es una obra de equilibrista. Ellos tienen dominados los medios precarísimos que tienen –que ya les cuesta un arte de circo. ¿En nombre de quién van a arriesgar ese equilibrio precarísimo que, por lo menos, para ellos es conocido? Ellos no van a hacer ningún cambio que pueda tener consecuencias que ellos no conozcan, por más que nosotros se las hayamos dicho. Cuando este equilibrio precario entra en crisis, cuanto más dramáticamente se es pobre, marginado, es más difícil mover a la gente. Hay gente que piensa que lo más desgraciado posibilita que sea más fácil revolcarse, moverse. El estar ahí

ya es el resultado de emplear todas sus posibilidades de sobrevivir, de aguantar, no lo van a poner en riesgo. Cualquier cambio es un riesgo. Pero cuando la situación se va por el lado del miedo y las soluciones, que hasta cierto momento les habían servido para mantenerse por lo menos donde estaban, ya no sirven, se da la ruptura. Pero si no hay alguien que este ahí, van a encontrar otra forma adaptativa de mantener el mismo equilibrio precario, de rehacerlo. Esa es una de las cosas más difíciles para el educador popular, el que tiene un compromiso con el pueblo. Tiene que estar atento y esperar en esas condiciones. Claro que cuando menos precaria es la situación de la gente, más fácil es movilizarla porque el margen de riesgo es otro. Todo cambio implica riesgo, incluso la cosita más sencilla.

Me acuerdo de otra historia: Yo daba clases en un curso de preparación de los misioneros extranjeros que llegaban para trabajar en Brasil. Mi parte era abordar las explicaciones políticas de la acción pastoral. Una monja francesa me decía: *“yo no vine para eso, a mi lo político no me interesa nada; yo estoy interesada en la vida de la gente, en las cosas sencillas de la vida de los pobres, en cómo mejorarles la vida; yo soy enfermera, me quiero dedicar a la cuestión de la salud y a la vida espiritual”*. Después se fue para un pueblito en el campo, un pueblo muy chiquito dependiente de un pequeño municipio. Entonces, empezó a investigar con las mujeres, con la gente de ahí, los conocimientos de medicina natural, psicoterapia, existentes. Empezaron a desarrollar eso, a hacer un huerto medicinal, hacer medicinas, darle consultas a la gente, revitalizar toda esa tradición que había en el pueblo. Y la gente empezó a dejar de ir al municipio

Para gente muy pobre, el sobrevivir cada día, es una obra de equilibrista. ¿En nombre de quién van a arriesgar ese equilibrio precarísimo?

La gente sabe muchas cosas que nosotros no sabemos que ellos saben. Y ellos no son tontos como para decírnoslas porque no saben qué vamos a hacer con esa información.

más grande a atenderse. Había mucha gente viviendo en el campo que empezó a ir a la consulta con las curanderas y con la monja. Mientras, la hermana seguía sosteniendo que no tenía nada que ver con la política. Los políticos que dominan un municipio, siempre tienen sus sistemas de control y su moneda para comprar los votos de la gente. En el caso del municipio del cual este pueblo dependía, el sistema de los políticos era una farmacia. Era la única que había en ese lugar, allí la gente podía buscar la medicina gratis con unos papelitos que les daba el puntero. Cuando el grupo de la monjita comenzó con sus actividades en el pueblo, se desorganizó completamente todo el sistema político que funcionaba tan bien desde hacía décadas. Entonces, de repente, se empezaba a oír por la radio que había una monja comunista en el pueblo. Lo sé porque, cuando esto salió en la radio, reconocí el nombre de ella. Entonces, cuando anduve por ahí, la pasé a visitar. *“No me digas nada –me dijo–, ya he comprendido todo”.*

La gente sabe muchas cosas que nosotros no sabemos que ellos saben. Y ellos no son tontos como para decírnoslas porque no saben qué vamos a hacer con esa información. Hay que ponerse en la posición de aquel muy pobre, de aquel que cada día tiene que ganarse el día siguiente. No puede correr riesgos inútiles, eso es muy importante. Entonces, a veces, para empezar a movilizar a la gente, no es con lo más pobres con que los hay que empezar, pero no hay que olvidarlos tampoco. Hay que poner la imaginación para ver cómo estar con ellos pero también mover las cosas. A veces, nos tenemos que mover con otra categoría de gente que no está tan mal, pero que no

se desolidarice de aquellos. Tenemos que tener otra manera de demostrar nuestra solidaridad. Incluso en el seno del pueblo hay jerarquías muy duras. Muchas veces me he encontrado con que la gente de la parte baja de la favela no habla con la gente de la parte alta, porque “esos son los peores”. Tenemos que saber encontrar espacios donde la gente se pueda mover según el pequeño margen de riesgo que puede asumir. Eso va a llevar a lo demás, va a crear condiciones que permitan otras cosas.

¿Cómo se hicieron los piqueteros? No los hubo siempre en Argentina. La gente estaba “más o menos” cuando vino la crisis. Antes tenían aunque sea el equilibrio precario pobre, ahora ni eso. Entonces, la gente ha empezado a moverse. Una vez que ha empezado a moverse ya es otra cosa, se organiza y va siguiendo. Una vez que tú agarras el gusto de moverte y de organizarte, y descubres que moviéndote puedes cambiar algo, eso es otra etapa. Lo que puede pasar es que después de un tiempo eso se vuelva una forma de equilibrio más, pero de acomodación. En Brasil tenemos una palabra que utilizamos mucho y que vino del movimiento sindical brasileño: “pelego”. Pelego es lo que se pone entre la silla de la montura y el caballo. Siempre está el riesgo de que algunos dirigentes, al hacerse dirigentes, le vayan tomando el gusto al mando y a algunos privilegios que va empezando a tener, aunque sean muy pequeños. También es un riesgo el mundo de afuera de la organización, que trata de comprar a los dirigentes y les va dando ventajas. Entonces, decimos que el tipo que cede a esas cosas se vuelve un “pelego”, que impide el conflicto, que lo ablanda. Cualquier clase de organización se puede

“empelegar”; cualquier clase de dirigencia, cualquier clase de liderazgo, desde el obispo al club de dominó de la esquina. El riesgo de “empelegarse” está siempre. La única manera es que se esté siempre poniendo en cuestión, desde la base del movimiento, el procedimiento democrático.

Culturas: otros modelos de lectura del mundo

La cultura occidental que se va imponiendo en todo el mundo, tiene un esquema de lectura del mismo. Cuando nosotros nacemos, el mundo se nos mete por los sentidos de manera desordenada. Lo que ven los niños son colores, movimientos, olores, que no saben qué son. Es muy fácil hacer esa experiencia: si te encuentras en un bosque y no sabes nada, tu sólo ves una masa verde, hasta es difícil distinguir un árbol de otro. En cambio, el que conoce las especies los distingue. Necesitamos herramientas mentales que nos permitan ponerle un orden a todos los estímulos sensoriales que recibimos de manera desordenada. Lo que nosotros pensamos que es el mundo no es solamente lo que nos entra por los sentidos, sino lo que nos entra por los sentidos seleccionado, clasificado, ordenado por nuestros instrumentos intelectuales. Si entro en un taller de mecánica, no veo lo que está ahí; pero mi compañero que es mecánico, entra en un taller de mecánica y ve cosas que yo no veo. No es que no tengo las cosas delante de los ojos, sino que no pasan desde el nivel sensorial al nivel intelectual porque no tengo conceptos para reconocer esos objetos. Entonces voy a decir que hay un montón de hierro o montón de

cosas, pero sin saber qué cosas son. Eso quiere decir que mi memoria no los registra. Esos instrumentos intelectuales para leer y captar el mundo exterior son culturales. Hay una discusión ahí, de los antropólogos y de los teóricos de la psicología. En nuestra cultura, la que predomina en el mundo hoy, el esquema básico de ordenamiento de lo que vemos, para que lo podamos contener en nuestra cabeza, es piramidal y jerárquico. Cuando entramos en una realidad que no comprendemos siempre tratamos de comprender cómo es la jerarquía que ordena eso, porque estamos condicionados a que el mundo se lo organiza de manera jerárquica. Eso no es necesariamente así, el mundo no se organiza de ninguna manera, somos nosotros que mentalmente lo organizamos. Hay culturas indígenas que tienen otros esquema de lectura del mundo. Hay otros esquemas que son cíclicos o que tratan de ver qué está dentro de qué, y no “arriba de qué” o “debajo de qué”. Esa manera de comprender las cosas pone orden a los estímulos sensoriales que recibe. El problema es que esto afecta todos los niveles de nuestra vida, y lo tenemos que cambiar porque esto también está dentro de las organizaciones. Hay que hacer todo un esfuerzo de pasar a mirar los colectivos humanos con otra configuración donde el mejor lugar no es el que está arriba. Si nosotros miramos siempre la realidad así, nadie va a querer pasar de caballo a burro. ¿Cómo puedes aceptar bajar si se supone siempre que lo que está arriba es mejor de lo que está abajo? Eso es inconsciente, es una cosa que está tan entrañada en nuestra cultura que estamos siempre buscando comprender las jerarquías. Construir una democracia verdadera en las organi-

Hay que ponerse en la posición de aquel muy pobre, de aquel que cada día tiene que ganarse el día siguiente. No puede correr riesgos inútiles.

zaciones sociales, construir nuevas relaciones humanas, construir comunidad y fraternidad en la Iglesia... todo eso es una contradicción. No hay nada más jerárquico que la Iglesia, y allí es dónde te ponen como condición construir la igualdad, la fraternidad, diciendo que nosotros somos todos cuerpo de Cristo. Es una contradicción psicológica y una imposibilidad lógica, un problema de teoría del conocimiento. Esa la lucha que tenemos que hacer. Hay que buscar otras maneras. Es claro que el cambio de ese modelo a otro –que sea la negación de la jerarquización para hacer una afirmación de igualdad, de otro modo más circular– no va a venir de allí.

Hay que ver lo que ya hay organizado histórica y socialmente. Hoy, me parece que las redes son lo más innovador. Pero toda red está constantemente amenazada por el modelo jerárquico. En la red de educadores populares de la que participo, en la práctica, hemos resuelto de este modo la cuestión: la red no tiene sede, no tiene dirigentes, no tiene teléfono y no tiene caja de dinero. En el caso de la caja, por ejemplo, la red elige un colectivo que durante un año o dos va a coordinar lo que viene de todas partes y va a decidir cómo va a utilizar su dinero, sus planes de trabajo. Pero esto sólo tiene sentido en función a los programas de acción, no hay nadie que va a ser pagado solamente para coordinar la red. Eso garantiza que no se pueda “empelegar” nadie allí adentro porque no tiene ninguna ventaja ir al frente del colectivo. Pero todos los años alguien saca la cuestión de que es hora de que la red se torne algo “más autónomo”, porque hace una lectura de falta de autonomía. Hay siempre gente nueva entrando en la red, enton-

ces se reemplaza otra vez esa discusión. Es así cada año y ya sabemos, después de 10 años, cuales van a ser los argumentos. La tentación, la imposición del modelo piramidal, está siempre ahí.

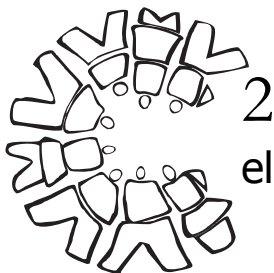
La oposición de lo piramidal y lo circular no está en el grado de organización. Al contrario, las alternativas, tienen que ser mucho más eficientes en términos de organización. El modelo piramidal permite ocultar las ineficiencias del sistema y de la organización de una manera que aquí no se permite. Lo típico del modelo piramidal es que no toda la gente sabe todo lo que pasa, el saber fluye en una sola dirección. Hay un americano que escribió un libro el cual demuestra que todos los dirigentes de todas las empresas son incompetentes, por necesidad lógica. Sucede que la tendencia en este modelo es que todos vayan hasta el límite de donde son capaces y se quedan ahí, no se los baja porque eso desmoraliza al sistema piramidal. Entonces, la pirámide se va llenando de incompetentes.

Lo que quiero señalar es que hay otros esquemas de lectura de la realidad que no son jerárquicos. No estoy proponiendo que el sistema de los aborígenes pueda ser el sistema de una sociedad completa, no puede ser. Tampoco estoy diciendo que en otra área de la sociedad, del mundo como lo conocemos, esté el modelo que podemos copiar. Lo que es cierto, es que en el mundo occidental prevalece este esquema, que no es sólo para la lectura de la sociedad, sino para la lectura de todas las cosas. Es una manera de organizar los datos de lo real. La cajita donde tenemos que guardar las informaciones tiene la forma triangular-piramidal. Es una cosa que está más allá de lo político, por eso es tan difícil para nosotros

pensar algunas cosas. Es el desafío y la contradicción con la cual nosotros vamos a tener que pelear toda la vida. Me ha ayudado a hacerlo comprender que no es sólo una cuestión de buena o mala voluntad de la gente. El “empelegamiento” no es una elección de un sujeto que es deshonesto y le gusta el poder. Es más complicado que eso. Muchas veces, el asumir y mantener una jerarquía viene también de un sentido de responsabilidad con la gente, no siempre es sólo por egoísmo, por querer ser el poderoso. Vean a Fidel Castro –si es que es un hombre honesto, apasionado con su pueblo, con su revolución, que hizo un esfuerzo de 25 años–: ahora que Cuba pasa una crisis más tremenda, ¿va a dejar el mando? ¿Piensan que alguien que se ha comprometido, que ha jugado su vida psicológicamente, puede decir que ha llegado su hora de dejar el puesto a otro justo en el medio de la crisis, en medio de lo más difícil? Claro que no; es natural que se sienta responsable y que piense que no va a abandonar a su pueblo en la hora

más difícil. Respecto al gobierno de Brasil, Luiz Lula Da Silva no logra confiar enteramente en la masa que lo ha elegido, que ha luchado años y años para llegar ahí. Es mi crítica personal a la política del gobierno brasileño. No es tanto por lo que están haciendo como por algunas cosas que no están haciendo. Hay cosas que podrían haber sido más radicales; han estado meses negociando con la oposición y no han llamado el pueblo a la calle. A lo mejor porque no tenían certeza de que el pueblo pudiese ir a la calle. Es cierto que, si hubiesen llamado el pueblo a la calle, las negociaciones en el Congreso Nacional iban a ser mucho más rápidas, porque esta gente depende del voto de las masas. Es difícil, con esa visión que está inconsciente en nosotros, pensar que en los modelos alternativos puede haber más poder, más responsabilidad y más saber, o por lo menos lo mismo. Esto responde a una profunda concepción del mundo y tenemos que trabajarlo. Es una tensión que tenemos que vigilar constantemente.





el encuentro entre *lo pedagógico y lo político*

La movilización en el Nordeste brasileño

El Nordeste de Brasil tiene una zona húmeda que no es muy ancha. De ahí en adelante, las condiciones geográficas cambian a un terreno semiárido en donde hay una vegetación de cactus y un tipo de plantas que pierden sus hojas en la sequía. Hay lluvias en los cuatro meses del invierno, si es que hay. Ese es el polígono de la sequía que ocupa casi todo el interior del Nordeste brasileño. A fines del siglo XVIII, con el crecimiento del azúcar en el Caribe, el Nordeste entró en decadencia. Las minas de oro que se descubrieron en el siglo XVIII reemplazaron al Nordeste como gran centro económico de la colonia. Incluso, los esclavos fueron desplazados en las minas. A mediados del siglo XIX, surgió el café más al sur y la situación volvió a cambiar. En el Brasil, la sede del poder político fue cambiando según cambiaba la economía. En ese mo-

mento pasó a estar en el Sur. La importancia de San Pablo y de Río de Janeiro es tal desde mediados del siglo XVIII en adelante. Ese cambio hizo que el Nordeste conservara la estructura de siglo XVIII basada en inmensas propiedades (porque el sistema de la caña de azúcar demandaba grandes extensiones para mantener un ingenio) y una población mestiza, que no era esclava pero que tampoco tenía lugar. Esa gente tuvo que vivir en las tierras de los grandes terratenientes por medio de distintos acuerdos: entregándole al patrón la mitad de su cosecha, cuidándole al patrón su ganado en la mitad de la campiña, etc. También tenía que estar a disposición del patrón como milicia; el patrón podía convocar a los hombres a las armas para defender su propiedad (ésta era una región de constantes batallas entre terratenientes). El acuerdo era pedir a las familias hasta dos hectáreas de tierra para su subsistencia a cambio de tres días de trabajo gratuito por semana.

Esta situación se dio hasta finales de los '50. Al final de la década, hubo un caso de un ingenio en donde los trabajadores se rebelaron porque el señor terrateniente les había prohibido que se enterraran los muertos en su tierra. Ese primer caso provocó una multiplicación de revueltas campesinas y una diseminación de conocimientos sobre los derechos que generó, en pocos años, la proliferación de lo que fue conocido como las Ligas Campesinas. Éste fue uno de los movimientos históricos más fuertes e importantes. Todo el sistema de toma de tierras lo habían organizado ellos mismos, no había control de nadie. Eso se dio hasta 1964. Las Ligas Campesinas fueron la cuna de las grandes banderas que tomaron los militares para probar que si ellos no tomaban el poder iba a devenir el caos. Mientras esto se daba, la Iglesia – que veía a los campesinos, que siempre le habían “pertenecido”, seguir de repente a otro liderazgo– y el Partido Comunista –que se veía a sí mismo como el líder del pueblo pero estaba lejos de serlo– pasaron a una misma estrategia de crear sindicatos de trabajadores rurales para competir con las Ligas. Por aquel entonces, existía una ley que preveía la regulación de los sindicatos, pero nunca había sido reclamada para el campo.

Entre el '60 y el '70, se fundaron los sindicatos de curas o de comunistas, las dos ramas. Cuando vino el golpe del '64, fueron destrozadas las Ligas Campesinas, pero no los sindicatos. Como tenían institucionalidad, el gobierno militar nombró a interventores y los mantuvo. Había sido tal la agitación en el campo que fue preciso hacer algo para calmar todo eso. Lo que hicieron fue instituir una pensión para los trabajadores rurales y encargaron

a los sindicatos que organizaran dicha cosa. El sindicato hacía de intermediario de los papeles para la inscripción de la gente; tenía que asentar si el beneficiario era un trabajador rural, si tenía la edad que decía que tenía, etc. Los sindicatos se transformaron en una especie de departamentos de asistencia social. Los primeros interventores que se nombraron eran gente de la policía. Hacían elecciones arregladas y ponían a cualquiera. Había en cada uno un burócrata que se la pasaba sellando papeles.

Tuvimos el golpe militar y, en los primeros años, pasada la primera ola de represión inmediata, la vigilancia y la represión no eran todavía omnipresentes. Pero, al poco tiempo, la cosa se fue agravando y trajo consigo la resurrección de la reacción del pueblo. Al mismo tiempo, la Iglesia había hecho un camino coincidiendo con la emergencia de la Teología de la Liberación en los años '70. En ese panorama, fue nombrado obispo de Guarabira, en el estado de Paraíba, un hombre que había estado en la cárcel, acusado de comunista, poco tiempo antes. Y fue a una de las regiones importantes donde se empezó a reorganizar el pueblo, justamente en la región que había sido el foco de las Ligas Campesinas. Hacia ese lugar, también fueron antiguos militantes de la Acción Católica, de los adultos y de los jóvenes, y se organizaron. Juntos empezamos a buscar qué hacer.

Empezamos a mirar qué estaba pasando y nos dimos cuenta de la inmensa ilegalidad y opresión sobre la gente. Para todo había leyes, para los cañeros se aplicaban las leyes laborales normales: sueldo mínimo, carnet de contrato de trabajo, vacaciones, el día de descanso semanal. Una cantidad de cosas de las que mu-

La gente decía que teníamos razón, que comprendían todo, pero no se movían porque tenían su propio análisis de la relación costo-beneficio.

cha gente no había oído hablar jamás. En muchas propiedades, la gente seguía obligada a trabajar los siete días de la semana sin ganar nada (o, a lo mejor, ganando un litro de *cachaça*) a cambio de las dos hectáreas de tierra y no tenía más que las noches de luna para trabajar sus tierras. Los trabajadores no sabían nada de las leyes. Por otro lado, los sindicatos estaban ahí con sus modelos burocráticos, con interventores nombrados por el gobierno militar o por sus sucesores, pero tenían una legislación para defender los derechos de los trabajadores y tenían, por ley, la obligación de hacerlo.

La primera cosa que hicimos fue visitar a los 18 sindicatos de trabajadores rurales de la región y desafiarlos: *"Parece que los trabajadores no saben nada sobre las leyes. Nosotros, si ustedes quieren, estamos listos para ayudarlos a estudiar, a divulgar, a pensar"*, les decíamos. De los 18 sindicatos, 13 se opusieron, pero 5 dijeron que eso sería muy bueno (entre ellos, en el sindicato de cañeros, donde estaba una mujer, Margarida Maria Alves, de quien hemos conmemorado este año los 20 años de su muerte; fue asesinada en 1984 en su lucha por los derechos de los trabajadores en el campo y su lucha junto con las mujeres). Empezamos con esos sindicatos y otros 13 municipios a organizar un tipo de oposición sindical. Lo hacíamos tratando de sacar a la superficie las tremendas injusticias que pasaban por ahí, pero era muy difícil porque la gente tenía mucho miedo, a pesar de que la Iglesia hacía todo un trabajo de creación de comunidades de base y círculos bíblicos, con una lectura bíblica liberadora, que nos daba un terreno ideológico para predisponer a la gente a ser más atrevida.

Fue un proceso muy lento. Descubrimos que no porque nosotros habláramos muy bien y tuviéramos muchas explicaciones, la gente que estaba viviendo en condiciones muy difíciles iba a modificar su situación. La gente sabía mucho mejor que nosotros de los riesgos que había, que podían perder su trabajo, y que si perdían su trabajo quedaban afuera de la sociedad sin tener a dónde ir. También sabían que no pasaba nada con el patrón que mandaba matar a un trabajador, como ya había sucedido. La gente decía que teníamos razón, que comprendían todo, pero no se movían porque tenían su propio análisis de la relación costo-beneficio.

En el año '77 o '78, llegamos a un *impasse*. Vimos que todo lo que podíamos hacer como trabajo de concientización, de información y de formación estaba hecho, pero no pasaba nada porque el sentimiento que tenía la gente de la correlación de fuerzas los llevaba a no movilizarse. Nos decían: *"Ustedes tienen toda la razón, pero no podemos porque nos vamos a morir todos"*. De hecho, había muerto mucha gente. Nos quedamos sin saber qué hacer. Concluimos que lo único que podíamos hacer era permanecer. Así empezamos a crear actividades que podían mantener a la gente junta y justificar nuestra presencia. Surgió de este modo, por ejemplo, un movimiento de alfabetización de adultos desescolarizados. No hicimos una escuela de alfabetización donde iban los maestros a enseñar. Lo que hicimos fue trabajar un método que permitiera que cualquier persona que supiera leer y escribir pudiera alfabetizar a otra. Y eso se hacía en cualquier sitio, en cualquier horario.

Preparamos a los trabajadores, la mayoría mujeres, que sabían leer, se habían involucrado más con el proyecto de oposición sindical y estaban dispuestos a alfabetizar sus compañeros porque lo consideraban importante también para la organización y la conquista de derechos. Cada uno tenía su “kit de alfabetización” y se iban por todas partes. Se podían meter por los ingenios y enseñar a las compañeras a leer. Tenían un pretexto para estar presente por todas partes.

Eso fue todo lo que hicimos por dos o tres años: estar creando grupos, animándolos con la alfabetización, apoyando sus actividades religiosas y fiestas, dialogando con la gente, esperando a ver qué oportunidades llegaban para que se pudiese mover algo. Y llegó la oportunidad: el gobierno empezó con un proyecto para expandir la exportación de carne y a financiar a los grandes propietarios para que sacaran todo y echaran hierba para los animales. De repente, toda la extensión de tierra que estaba ocupada con pequeños productores que sembraban maíz y algodón ya no interesaba más a los patrones. Se empezó a expulsar la gente de las tierras y, mientras eran expulsados uno a uno, no había ninguna reacción. Pero luego empezaron a hacerlo en masa porque los planes del gobierno tenían plazo y había prisa. Corrían a cientos de familias de una sola vez. Corrían a gente que había estado durante tres generaciones, porque esos contratos se pasaban de padres a hijos en una especie de sistema patriarcal. Se destruyó el sistema y allí se gestó la situación en que todo lo que veníamos discutiendo se presentó, de repente, como la única salida. Esa gente sabía muy bien lo que significaba salir de la tierra; no había lugar para

ellos en ningún sitio. Entonces, en ese momento, la gente decidió resistir. Ese fue un camino. El otro camino fue a raíz de la crisis del petróleo de 1973. El gobierno brasileño decidió implantar la tecnología del alcohol para mover los automóviles. Eso significaba que había que extender la zona sembrada de cañas. No se trataba de convertir lo que era el azúcar a alcohol, sino de aumentar la producción de cañas para alimentar las destilerías. Eso hizo que se quisieran aprovechar tierras -que antes no valía la pena cultivar-, para cultivar caña, porque eran más accidentadas y se dejaban para que los campesinos tuvieran sus dos hectáreas. Esto significó otra desorganización total de un sistema tradicional. Fue algo muy importante.

Muchas veces, los educadores populares tendemos a absolutizar la fuerza de la intervención de pedagógica. Lo hacemos del mismo modo que la Iglesia, por su parte, tiende a absolutizar la fuerza y la capacidad de cambio producidas por la evangelización. Esto lo descubrimos sufriendo mucho; vivíamos con sentimientos de impotencia, de fracasos y de inutilidad, creyendo que estábamos errando en nuestra metodología. Estábamos en medio de una situación de injusticia extrema y habíamos intentado de todas las maneras y utilizado todos los lenguajes. No podíamos hacer más de lo que estábamos haciendo y nos preguntábamos dónde estábamos errando, por qué la gente no se movilizaba. No podíamos hacer nada porque la realidad social, económica y política tiene sus correlaciones de fuerzas que, a veces, son demasiado desequilibradas. A veces, hay que esperar; la educación popular no lo puede todo. Por supuesto que si no hubiéramos

Muchas veces, los educadores populares tendemos a absolutizar la fuerza de la intervención de pedagógica.

La injusticia y la violencia, por sí mismas, no van a causar una reacción popular que sea más que romper vidrios a pedradas e incendiar coches. Si así fuese, si la injusticia provocase automáticamente el cambio, estaríamos en el paraíso desde hace tiempo.

estado allí, si no hubiéramos hecho nuestro trabajo, cuando el sistema mismo desorganizó el equilibrio precario, no hubiera pasado nada. La gente se habría dispersado o quizás habrían muerto; la resistencia no hubiera ocurrido.

Este tipo de condicionantes no tienen que ser una excusa para no hacer algo. Tenemos que ser capaces de hacer un análisis constante de qué condiciones objetivas y subjetivas hay para movilizar las cosas. Puede suceder que a lo mejor todavía no estén dadas, pero eso no quiere decir que no vayan a llegar. Nuestro trabajo es uno de los factores, no el único, pero importante y mismo indispensable, para crear esas condiciones. En cualquier momento algo puede cambiar.

Los ritmos de lo político y lo pedagógico

Esto me hace pensar en otro tema crucial para la educación popular: el ritmo de lo pedagógico y el ritmo de lo político no son iguales. Cómo se dan las cosas no depende de nosotros y de nuestra intervención, sino de la relación de fuerzas. A veces, somos más voluntariosos que el pueblo porque ellos tienen una experiencia de la opresión, del sufrimiento, de las consecuencias de sus movimientos (a veces, no saben explicarlo en esos términos). Tenemos que oírlos y no tenemos que esperar de la educación popular más de lo que puede hacer. La misma es un elemento en un conjunto de factores históricos que promueven cambios o no. Ahora bien, estoy convencida de que es un elemento fundamental. Si no, los movimientos del capital internacional van a poder reorganizar estructuras injustas y reemplazarlas por otras más

injustas todavía sin que se produzca alguna reacción popular creativa. La injusticia y la violencia, por sí mismas, no van a causar una reacción popular que sea más que romper vidrios a pedradas e incendiar coches. Si así fuese, si la injusticia provocase automáticamente el cambio, estaríamos en el paraíso desde hace tiempo.

Les estoy contando la historia desde el punto de vista del cambio en las grandes relaciones sociales y económicas que tienen que ver más que nada con la supervivencia física y material de la gente. No obstante, preparar a la gente para la lucha, concientizarlos de sus derechos, de la fuerza de su unión, no es lo propio de la educación popular. Eso es propio de los movimientos políticos y revolucionarios de izquierda. Sin embargo, hay algo que es contribución única de la educación popular que no estaba necesariamente en la tradición de la izquierda. Frei Betto tiene una frase que lo sintetiza bastante bien: *“el hambre de belleza es tan fuerte, importante y movilizadora como el hambre del pan”*. El sufrimiento del pueblo no viene sólo de tener poco que comer o de vestirse mal, sino, en gran parte, de creerse nadie. Es en nombre de que no vale nada, no sabe nada, no tiene nada, que lo oprimen. La explotación no se podría mantener eternamente a punta de fusil. Es así que se controla a la masa trabajadora: convenciéndolos de que son ignorantes, feos, flacos, nadie.

A veces, hay que esperar las condiciones para poder hacer cambios que toquen en lo estructural, a las relaciones de trabajo, a las relaciones económicas, a las relaciones políticas. Pero para trabajar al nivel de la liberación de las personas y a nivel del cambio de las relaciones

interpersonales y comunitarias, uno no necesita esperar grandes factores de cambio estructural. Eso no es algo desconectado de lo político. ¿Quién va a estar más dispuesto a encontrar las tácticas y las estrategias necesarias para enfrentarse con el opresor y con la opresión en el momento indicado? Aquel que sigue creyéndose incapaz, débil, ignorante? o aquel que por otros medios ha empezado a descubrir su propio valor, su propia capacidad?

Tuvimos la experiencia de un grupo de mujeres campesinas, con las que empezamos a trabajar, que eran oprimidas en todos los niveles. Poco a poco, se fue creando un espacio en el que ellas tenían voz. Esa gente incluso ha crecido físicamente 2 o 3 centímetros porque su cuerpo se ha desplegado. Me acuerdo de que en ese período, por un acuerdo que yo había hecho con un movimiento de los laicos, me fui un año a Italia, a enseñar en un curso de preparación de misioneros para la América Latina. Me fui en 1981, en el momento que estaba empezando a reunirse un grupo de mujeres en un pueblo. Cuando volví no las podía reconocer; eran otras mujeres, incluso más altas y más guapas.

Hay cantidad de cosas que podemos hacer y eso no significa escapar de lo político. Nosotros hemos tenido discusiones con gente que supone que lo que hacemos no es político, que son alteraciones o desvíos de un verdadero trabajo político. Pero lo que se está haciendo es crear las condiciones para que la gente descubra sus propios saberes, su propia capacidad de crear. Con la educación popular se van creando condiciones de crecimiento de la autoestima, nuevas relaciones solidarias, sensibilidad para la injusti-

cia –las pequeñas injusticias al interior de las propias familias, la injusticia de las relaciones de género, la injusticia de la dominación de los adultos sobre los niños. Se están cambiando los valores y logrando que la gente adquiera nuevas habilidades, capacidades y sensibilidades.

Una de las cosas más importantes es dar la palabra. Sin palabra no podemos pensar sobre la complejidad de la vida social, de la vida comunitaria y familiar. Hay que darle a la gente la palabra, valorizar ese hecho. Eso es algo que va cambiando al actor, va creando nuevos actores.

Cuando digo que el ritmo de lo pedagógico no es el mismo ritmo que de lo político, no quiere decir que sean cosas separadas. No tenemos otro camino sino el de aceptar la alternancia. Hay momentos en que va a predominar lo pedagógico y otros en que casi tenemos que olvidar lo pedagógico porque no podemos perder el momento político.

Les voy a contar una historia de algo que me pasó y que incluso llegué a ficcionar en un cuento. Sucedió en la primer gran huelga cañera en donde yo estaba en el '84. Se había hecho un trabajo de preparación muy grande en casi todos los municipios de la región, pero había un sitio en donde no habíamos conseguido nada porque ahí la dominación era muy grande. Entonces, no teníamos por donde entrar. Allí estaba el mayor ingenio azucarero (la Usina), que tenía sus propias tierras, su propia caña, pero también molía las cañas de muchos municipios vecinos donde no había ingenio. Hacer una huelga cañera podía ser totalmente infructífero si no se lograba parar la producción en la Usina. Corría riesgo un gran trabajo de organización y de educación

Hay momentos en que casi tenemos que olvidar lo pedagógico porque no podemos perder el momento político.

*Combinar
el desarrollo
de las
personas con
la política:
no son cosas
excluyentes.*

popular; se iba a hacer la huelga afuera pero no aquí. Los compañeros sindicalistas nos dijeron a un grupo de colaboradores y educadores, que teníamos ir a parar la producción de esta localidad. Fuimos para allá una semana antes del día en que debía empezar la huelga. Sentíamos que no pasaba absolutamente nada. Cuando llegó el día no pararon. Hicimos todos los discursos posibles y no pasó nada. En la desesperación, tomé un megáfono y nos metimos en los partidos donde cortaban la caña, gritando: *“¡Qué salgan los machos! ¡¿Cómo pueden ustedes dejarse explotar como esclavos?! ¡¿Por qué?! ¡Porque tienen miedo! ¡¿Miedo de qué?! ¡Ustedes se están muriendo de hambre! ¡En Pernambuco, aquí al lado, ahí sí que hay machos! ¡Hacen huelga y la han hecho siempre porque no son cobardes, no son maricas, como ustedes!”*. No puedo haber hecho nada más opuesto a todas las propuestas de educación popular, un horrible recurso a los prejuicios machistas. No me quedaba otra cosa que hacer, fue el último recurso que se me ocurrió. ¿Cómo iba a reaccionar la gente si se daba tan brutal fracaso? Además, era peligroso: si no lográbamos vencer, la represión que iba a venir iba a ser terrible. El ritmo de lo político hizo que yo pasara por alto todas mis convicciones y consideraciones pedagógicas. No para siempre, sino en aquel momento. Hoy, ese municipio es uno de los más interesantes. En él, los trabajadores hicieron una experiencia muy importante, se hicieron varias experiencias de reforma agraria.

La historia siguió. En aquel momento, cuando oyeron eso, salieron, dejaron los machetes y volvieron a casa. Pero cuando los patrones se dieron cuenta de lo que estaba pasando, utilizaron sus camio-

nes para buscar a los campesinos de otra localidad, del área semi-árida del “Sertão”, donde había sequía en ese momento y mucha mano de obra disponible. Entonces, había que hacer un piquete y no dejar pasar los camiones. Así fue que le pedimos a los trabajadores que vinieran con nosotros a las 4 de la mañana para cortar la carretera. Pero tenían miedo de confrontar directamente con las milicias de la Usina. Nos habíamos reunido en un colegio de monjas que era el único lugar donde podíamos estar, ellas sabían todo lo que estaba pasando y nos apoyaban. Había una monja, que estaba trabajando con prostitutas, que cuando se enteró de lo que estaba pasando fue a donde trabajan las mujeres y les preguntó quién les pagaba. Ellas vivían del dinero de los trabajadores de caña. La monja les dijo: *“Si ellos ganan un poco más, a ustedes les van a pagar un poco más. Esta huelga no es sólo de ellos, es de ustedes también”*. A las 4 de la mañana veíamos llegar los primeros camiones y pensábamos que estábamos perdidos. De repente, vimos unas luces. Era la hermana que venía con las prostitutas en procesión cantando Ave María. Se corrió la voz por todo el pueblo: las prostitutas habían ido para la carretera cantando benditos. Toda la población corrió para ver lo que sucedía. Así fue que todo el pueblo se agolpó ahí y no pasó ni un camión. A las 5 de la tarde de aquel día cesó la actividad en la Usina.

Fue la experiencia más importante de mi vida para comprender un montón de cosas, incluso a mí misma. No podemos ser dogmáticos y tampoco podemos ser relativistas. Luego, pasó ese momento y volvimos a nuestras convicciones de educación popular. Nos sentimos comprometidos con esa gente a la cual habíamos

“ofendido” para obligarlos a movilizarse. Teníamos que reparar eso que habíamos hecho y nos empeñamos en el trabajo de educación popular ahí.

Una de las cosas más difíciles es saber cuándo debe predominar lo pedagógico y cuando debemos dejar de ser tan puristas para no perder la oportunidad de avanzar, aunque sea con algunas pérdidas, con errores. Cuanto más damos la palabra a más gente, la posibilidad de errar es menor. No creamos que nosotros porque tenemos más formación, más estudio, podemos tener más sensibilidad para saber qué movimiento hacer, saber si avanzar o no.

Hay que combinar el desarrollo de las personas con la política y creer que no son cosas excluyentes. El proceso de lucha tiene que ser, justamente, un proceso. No podemos repetir en la lucha por la construcción de una verdadera democracia lo mismo que hizo durante siglos la Iglesia Católica exhortando al pobre a aguantar; eso no funciona. No podemos hacer un proceso de educación popular puro y serio y motivar a la gente diciéndole que, con paciencia, eso algún día va a resultar en un cambio que les va a cambiar la vida. La educación popular debe de pronto mejorar la calidad de la vida de la gente que participa en el proceso. La gente debe sentirse gente, debe crecer como gente, desarrollar su saber, descubrir cosas nuevas, expresarse, poder hablar por sí mismos, poder decir lo que piensan. Y eso es un bien inmediato y de mucho valor para la gente. Es ya la vida cambiando para mejor, es medio para otros cambios, pero es también parte del fin que buscamos. El descubrimiento de

uno mismo, por la práctica y la reflexión, como sujeto transformador es lo típico de la educación popular.

En este sentido, hemos conseguido grandes cosas con campesinos minifundistas. Por entre los cañaverales, había unas tierritas que no servían para caña y que no interesaban a grandes propietarios. Había una categoría minoritaria, pero era de gente que tenía la propiedad de pequeñas parcelas de tierra. A veces era una hectárea, pero significaba libertad. Si uno lee los manuales marxistas, en ellos esa gente son un saco de papas (imagen que Marx utiliza en “El 18 de Brumario”), gente que nunca va a ser revolucionaria, nunca va a ser solidaria, es una cosa en sí misma reaccionaria, individualista. Allí se hacían comunidades de base, se leía la Biblia. Esa gente se empezó a solidarizar con los demás, con los sin-tierra y los cañeros, y empezó a hacer cosas importantes, incluso ofrecer sus tierras como territorio libre para reuniones, encuentros, etc. Si nosotros pasamos a la frontera que separa el pueblo de los “no populares”, vamos muy abajo en la sociedad y trabajamos sólo con los más pobres, con los más pobres de los pobres, nos aislamos. Hay que ganarse todos los aliados posibles en las camadas intermedias. La experiencia nos ha demostrado que no tenemos que estar fijando esas divisiones internas al pueblo. Al contrario, lo que tenemos que hacer es borrarlas a través del diálogo, la solidaridad mutua, de ponernos juntos y reconocer que tenemos que aprender unos de otros.

Cuando hablo de cambios estructurales, me refiero también a cosas que no siempre son tan evidentes e impactantes,

El descubrimiento de uno mismo, por la práctica y la reflexión, como sujeto transformador es lo típico de la educación popular.

La percepción y la reacción o el aprovechamiento de los cambios estructurales solamente se pueden dar por voluntades colectivas.

porque son cambios que se han ido dando de manera más o menos silenciosa y paulatina. A veces, no nos damos cuenta que eso nos ha creado nuevas posibilidades y no las hemos aprovechado porque individualmente no se hace eso. La percepción y la reacción o el aprovechamiento de los cambios estructurales solamente se pueden dar por voluntades colectivas. Hay que crear colectivos. Cuantos más colectivos podamos crear alrededor de distintas cuestiones, más posibilidades tenemos de comprender lo que pasa y movilizar a la gente. Es cierto que debemos tener instrumentos de análisis de las relaciones de producción. Sigue siendo algo fundamental porque la vida humana sigue dependiendo de la producción de bienes para la supervivencia y la distribución. Tienen razón quienes dicen que ha habido un desprecio estúpido por el análisis marxista. Como análisis de lo que pasa en la sociedad dividida, no hay otro. El neoliberalismo impone ideas que borran las complejidades, que parecen unificar todo con esa cosa mágica del mercado, única estructura que sería la manifestación de la voluntad de cada individuo. Por otro lado, hubo otro motivo por el cual se ha abandonado el marxismo. Hubo corrientes muy dogmáticas que han predominado y que no daban cuenta de la realidad de América Latina. Tenemos el desafío de releer el marxismo de manera no dogmática, utilizando la experiencia real como criterio para leerlo. Nada puede reemplazar nuestro esfuerzo de análisis directo de lo que está pasando, de buscar información, de investigar la realidad. También tenemos que recuperar la Teología de la Liberación y otras corrientes de pensamiento. Está, por

ejemplo, toda la inspiración anarquista que nunca tomamos en serio. Los episodios de fábricas recuperadas, a nivel de lo micro, tienen mucho que ver con la inspiración del anarquismo. Tenemos que recuperar varias corrientes y varios modos distintos de leer la realidad, que han pasado de moda. No para asumirlas dogmáticamente, pero para llamarnos la atención sobre los distintos aspectos de la complejidad social. Quienes determinan las modas son las fuerzas dominantes. Entonces, el hecho mismo de que algo ha “pasado de moda” nos debería crear un mayor interés, una curiosidad. Hay varios conjuntos de conceptos sobre los que tenemos que cuestionarnos hasta qué punto nos ayudan a ver con más claridad lo que está pasando.

El enlace entre la memoria y la utopía

La educación popular es lo que nos caracteriza, pero no es lo absoluto, no describe todo lo que somos, ni todo lo que estamos buscando. El desafío es conseguir, desde el presente, un enlace entre la memoria y la utopía. No hay humanidad sin memoria. Nosotros somos lo que nos hemos hecho a lo largo de la historia. La utopía es otro término que sido despreciado últimamente, que se ha vuelto en muchos medios como algo peyorativo. La utopía es vista como una tontería que no tiene ninguna utilidad. Esto depende de cómo comprendamos la utopía. La utopía no es un proyecto que se hace como se hace el proyecto de una casa. Me gusta mucho más pensar la utopía con la metáfora de la navegación. Cuando los navegantes españoles y por-

tugueses salieron por el mundo se orientaban por las estrellas. Para volver a casa, la estrella polar era la principal, que les indicaba el norte. Por supuesto que ningún navegante creía que caminaba hacia la estrella polar. Navegaba en su rumbo, pero no con la idea de llegar allá. Le permitía saber a que distancia estaba de la casa, del puerto. Aquel que pensara que tenía que llegar a la misma estrella, iba a naufragar con toda la tripulación en medio del océano. Por otro lado, sin estrellas tampoco podían viajar.

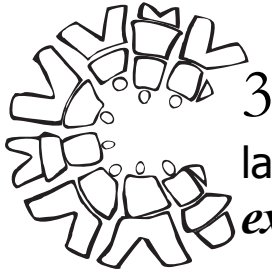
Tenemos que ser capaces de construir una utopía que nos sirva de cinta métrica, para que podamos a cada momento evaluar en qué dirección vamos, si es la dirección que queremos ir y a qué distancia estamos de nuestros ideales. Muchas veces, en el camino de la práctica hay que hacer desvíos de los caminos porque los vientos no son favorables. Pero lo importante es que uno pueda volver a tomar el curso. Y eso depende de que tengamos adelante alguna referencia brillante. ¿De dónde la vamos a sacar? ¿Y cómo construimos eso para que no sea una locura? La materia prima para construir eso nos viene de la memoria, nos viene de la experiencia de vida histórica y acumulada, del análisis del presente y de los deseos de los corazones humanos. Ahí tenemos que buscar los elementos que nos sirven para construir esa estrella que nos ayudará a retomar siempre el rumbo a pesar de todos los desvíos históricos que estemos obligados a hacer.

Tenemos que buscar reconstruir la historia. Esa es una de las tareas de la educación popular, altamente educativa. Investigar la historia, reconstituirla, analizar

los hechos históricos, es fundamental. Es importante descubrirse como alguien que está en un punto de la historia y ver que ahora le cabe conducirla.

La historia es fundamental en la educación popular. Incluso hay algunos instrumentos muy sencillos, muy prácticos que hemos empezado a utilizar, como son las líneas de tiempo. Cada grupo de base que tenga un local puede poner su faja de papel donde va a registrando todo lo que le pasa. No es lo mismo que tener los informes guardados en un archivo. Con fajas paralelas se pueden registrar de manera paralela los hechos de nuestra comunidad, de nuestro grupo, los hechos del contexto regional y nacional, los hechos internacionales (depende del tipo de grupo). Eso se puede hacer con un ritmo mensual o anual, según lo que sucede. Entonces toda la realidad se puede leer horizontal y verticalmente, buscando la comprensión del desarrollo del proceso en el tiempo y también leyendo la simultaneidad de hechos y procesos en distintos ámbitos de la realidad (local, nacional, internacional y las relaciones entre ellos). Es un instrumento que muchas veces permite ver qué logramos en cierto punto de nuestra historia o qué pasó en otro momento, y comprenderlo mejor después de un tiempo, considerando las consecuencias y hechos que vinieron después. Es un elemento formativo muy importante, además de ser una manera muy didáctica de hacer que la gente descubra sus valores, su cúmulo de experiencias. Situar las cosas en la historia (que puede ser la historia muy local, las "microhistorias," o la "macrohistoria") es un instrumento de trabajo permanente.

Buscar reconstruir la historia. Esa es una de las tareas de la educación popular, altamente educativa. Investigar la historia, reconstituirla, analizar los hechos históricos



la educación popular en *experiencias de acción colectiva*

Educación popular y acción colectiva

En el proceso de trabajo con sindicatos a fines de los '70 y principios de los '80, descubrimos que el modelo sindical debía ser recreado, que no bastaba con reconstruir los lazos sindicales. Lo principal que había que recrear, era la relación entre la dirigencia y la base. Si solamente la dirigencia decide para dónde ir, la posibilidad de avance es muy limitada. Cuanto más gente participa de las decisiones, del análisis de la realidad, de la creación de propuestas, la posibilidad de encontrar salidas es mucho más grande. Descubrimos que el proceso democrático de generación de propuestas de análisis de la situación, la generación de propuestas de acción y la toma de decisiones, son tres etapas al mismo tiempo políticas y pedagógicas. Uno no puede tomar decisiones si no tiene alternativas

pensadas. Sería bueno que en todas las formas de organización popular la participación no sea sólo un ideal ético, sino una necesidad histórica y práctica.

Necesitábamos que toda la gente pusiera lo que sabía, lo que pensaba, su capacidad de investigar, de inventar. Veíamos que ese proceso de hacer caminar en movimiento era muy semejante a lo que creíamos que era la educación popular. La educación popular no son los talleres que hacemos, no son los cursos que damos, ni son los libritos en lenguaje popular que escribimos. Esos son insumos para el proceso de educación popular, pero el verdadero proceso de educación popular es un proceso de cambio que se va dando en la gente que experimenta en la práctica. La educación popular se da en la dialéctica entre la práctica y la reflexión sobre la práctica. Fuimos aclarando en nuestro interior que eran inseparables el proceso de acción colectiva, lo

más democrático posible, y el proceso de formación de la gente, de crecimiento personal y colectivo.

Todo esto nos ha llevado a situar algunos aspectos de nuestro trabajo. Uno es que el criterio para escoger dirigentes pasa a incluir su capacidad pedagógica, su conciencia pedagógica: la conciencia de conducir a los compañeros, de abrirles los ojos y darles la palabra, así como saber oír y crear condiciones para que todos se expresen y para que ninguna cosa se pierda. El gran taller, el taller más importante, es la asamblea, son las reuniones en los ingenios para preparar las condiciones de la huelga, etc. Es el taller donde la conclusión es tal que se tiene una incidencia en la realidad. Tratar de influir sobre la realidad, sin hacer ese proceso democrático lo mejor que podamos, compromete el resultado de la acción. Entonces, educación popular y proceso de acción democrática y transformadora son cosas inseparables. Eso ha sido para nosotros un descubrimiento muy importante porque ha cambiado mucho nuestro modo de trabajar.

El nacimiento y la consolidación de EQUIP

El proceso de fortalecimiento pasa por ir descubriendo no sólo el tenor político de lo pedagógico, sino también el necesario tenor pedagógico de lo político. Este tipo de conciencia, al principio de los años '80, se diseminó muy rápidamente, sobre todo en los movimientos sindicales brasileños, que estaban en un momento de ascenso muy importante. Una de las cosas que había hecho la dictadura militar era un compacto desarrollo industrial, que

había hecho crecer mucho el contingente de trabajadores sindicalizados. Con la decadencia del modelo implantado por los militares, a fines de los '70 y principios de los '80, las contradicciones se habían agudizado y el movimiento sindical estaba avanzando en todo el país, en el campo y en la ciudad. Esto dio como resultado la creación "ilegal" de la Central Unida de los Trabajadores (CUT) en 1983. Estaba prohibida, pero fue creada públicamente y el régimen no la pudo reprimir. Desde ese movimiento fue que se proyectó el liderazgo de Lula Da Silva. Era un momento de euforia sindical en el cual hubo también una euforia de la educación popular. Así fue que hubo, en todo el país, una multiplicación de escuelas de formación sindical y de formación de educadores sindicales, se capacitaba a buena parte de la dirigencia sindical como educadores. Eso es algo cuyo impulso se vive hasta hoy. El movimiento sindical se caracteriza históricamente por la importancia que le da a lo educativo, a lo pedagógico, a la par de lo político. Tanta es la preocupación pedagógica del movimiento "cutista" brasileño que, a pesar de que con el desempleo se ha debilitado, no ha desaparecido, no ha perdido vigor, porque han desarrollado un montón de otras actividades pedagógicas. Por ejemplo, hoy algunos de los mejores proyectos de alfabetización financiados por el gobierno son conducidos por los sindicatos. Estudiar se ha vuelto una necesidad para la vida de la gente. El movimiento sindical ha buscado gente que tuviese las competencias para implementar esos procesos de formación masiva de dirigentes y trabajadores sindicales para todo el país.

La educación popular y el proceso de acción democrática y transformadora son inseparables

En el Nordeste, la gente que estaba metida en eso, con los dirigentes sindicales, empezamos a reunirnos para ver cómo íbamos a hacer para llevar adelante todo. Incluso había lugares de dónde la gente empezaba a llamarnos. Estábamos tensionados entre lo local y lo regional. ¿Por qué lo regional, por qué el Nordeste? Porque el Nordeste tiene una característica importante: desde el siglo XVIII, venía siendo la parte pobre y explotada del país, que producía mano de obra barata para el desarrollo industrial y económico del Sur. Había una situación económica muy deprimida que hacía que, cuando los movimientos se organizaban a nivel nacional, la gente del Nordeste que llegaba allí –con su manera de hablar, con su manera de ser que era identificada con el retraso, con la ignorancia, con el analfabetismo– no se pudiera expresar. Entonces, poco a poco, surgió la necesidad de analizar la realidad del Nordeste, de descubrirnos como región y de tomar posición para confrontarlos con el predominio de la gente del Sur. Muchas veces salían líneas de acción del Congreso Nacional de la CUT, por ejemplo, que no se adaptaban a la realidad del Nordeste. Entonces, de esa discusión, en lugar de que salieran escuelas para cada estado, se decidió que se iba a hacer una gran escuela regional en el Nordeste. Porque la regionalidad era fundamental, porque teníamos que poder hacer una lectura popular del Nordeste, para contrarrestar a la lectura dominante. Es verdad que el Nordeste es más pobre, pero esa lectura de la pobreza del Nordeste siempre ha servido a la clase dominante y explotadora terrateniente del propio Nordeste como medio de obtener ventajas frente al gobierno federal,

de negociar cuando había una contienda electoral. Era una región pobre, pero muy poblada; así que quienes tenían el poder, tenían el dominio de muchos votos. Con esa fuerza y con la lamentación de la pobreza, la “élite”, o sea, los dueños del Nordeste sacaban de las fuerzas políticas nacionales dinero que era para disminuir el sufrimiento de la sequía y que acababa, en gran parte, en el bolsillo de los ricos y servía también para mantener callado al pueblo.

En este momento, nació la certeza de que teníamos que tener un instrumento que permitiera una lectura crítica y popular de la realidad de la región –que reconocíamos que tenía sus características propias, pero que no eran aquellas que habían servido hasta entonces a la dominación. Hacer otra lectura de la realidad es un proceso de educación popular porque nos educamos leyendo y releendo críticamente la realidad. Ese proceso fue el que generó la Escuela de Formación Quilombo dos Palmares (EQUIP), cuya estructura es una asociación de personas y no de instituciones. No fue creada como dependiente de la CUT, sino como una institución autónoma. Eso fue objeto de mucha discusión y de mucho conflicto; la estructura de la CUT la quería para sí, como un departamento de la CUT sometido a dirección nacional. Sin embargo, los dirigentes sindicales cutistas del Nordeste, por esa tradición de dependencia, de sumisión del Nordeste a las decisiones del Sur, decían: *“No, nosotros queremos dirigir esto, es nuestro proyecto”*. Entonces, la Escuela se consolidó autónoma, una asociación de dirigentes sindicales y de educadores populares ligados a la tradición sindical con un consejo directivo que contrata educadores de tiempo inte-

gral. Además, la Escuela no tiene un local para dar cursos. Eso fue una opción, porque no teníamos el dinero para hacer un centro donde se dieran los cursos y porque queríamos que fuera regional. La regionalidad implicaba que los cursos pudieran moverse por toda la región.

La Escuela nació con una marca sindical muy fuerte. El problema fue que, por la realidad del Nordeste, la parte de la población que era sindicalizable era muy pequeña, porque no hay un gran desarrollo industrial. En el campo, solamente el sector cañero tenía relaciones laborales clásicas. Lo que se estaba dando en la parte no cañera de la región rural eran algunos conflictos de tierras. Se estaba dando un proceso de lucha que iba creando asentamientos rurales y forzando la aplicación de la ley de reforma agraria que había.

Apareció también otra cuestión. Poco a poco, la gente fue analizando lo que estaba pasando, y tomando conciencia de que el sindicalismo, sin la alianza con el resto del pueblo, se iba a quedar aislado y sin desarrollarse, sobre todo en el Nordeste. No fue fácil trabajar esto; había algunos que pensaban que estábamos haciendo una revolución sindicalista, que íbamos a transformar el país en una república sindical. Como había una euforia de poder, la discusión no fue fácil. Fue un proceso que empezó en el '86. Hubo varias cuestiones muy reveladoras que nos costaron mucha discusión. En los primeros cursos de la Escuela para sindicalistas había una discusión sobre si había que convocar a trabajadores, cortadores de caña, analfabetos. Por otro lado, la mayoría de la gente sindicalizada eran los trabajadores públicos, trabajadores de las universidades federales (una de las ma-

neras que tuvo el gobierno militar de calmar al Nordeste fue creando grandes universidades federales, públicas, en cada uno de los Estados). Uno de los sindicatos más grandes era el de los profesores de la universidad. Muchos pensaban que era absurdo poner juntos a los cañeros, a los maestros, a los profesores de la universidad en un mismo curso. Esa fue una gran discusión y muy importante porque nos obligó a examinar toda la cuestión metodológica; de qué se trata la educación popular, qué tipo de conocimiento se pone en juego, qué proceso de construcción de conocimientos implica, etc. Fue un hecho histórico. Finalmente, ganamos los que proponíamos poner los cañeros y los profesores de la universidad, como sindicalistas y trabajadores, a pensar juntos su estrategia y su manera de actuar en la sociedad. Había gente de otras organizaciones que decía que estábamos completamente locos, que éramos unos irresponsables, que eso iba a ser un desastre o por lo menos una pérdida de tiempo y de recursos. Para nosotros era un gran desafío.

Después de mucha búsqueda, montamos el primer curso. Escogimos participantes de varias categorías: los cañeros, los trabajadores de la construcción civil, los trabajadores de la industria más sofisticada y los trabajadores de los servicios públicos, incluso los profesores universitarios. Luego seleccionamos de entre los cursistas inscriptos, 6 representantes de distintas categorías. El primer módulo del curso consistía en que cada uno de esos trabajadores contara detalladamente cómo era el cotidiano de su categoría de trabajo, todo lo que sabía, cuáles eran sus relaciones inter-

Nos vimos obligados a examinar toda la cuestión metodológica; de qué se trata la educación popular, qué tipo de conocimiento se pone en juego, qué proceso de construcción de conocimientos implica...

*Descubrimos
que
podíamos
juntar y
hacer
interactuar lo
que hasta ese
momento
parecía
contradictorio
y excluyente.*

nas, cuál era el trabajo en sí mismo (técnicamente hablando), en qué consistía, qué hacía, cuáles relaciones y qué tipo de comunicación se establecían en el interior de la unidad productiva, etc. En un momento le tocó hablar a un cañero, estuvo un largo tiempo para contar todo. Al final del día, uno de los profesores universitarios representante de la CUT presentes, que era ingeniero de producción y había hecho su doctorado sobre la industria cañera, dijo, a raíz de lo escuchado, que tenía que prender fuego a su tesis y empezar todo su estudio de nuevo. Se dio cuenta de que lo que él pensaba que sabía era muy superficial. Se dio cuenta de que no basta ir a interrogar a los trabajadores a los ingenios, con su traje de clase media, para poder saber algo. Claro que no le decían la verdad, ¿por qué iban a decirle todo si no sabían quién era ese tipo, qué iba a buscar allí? Sin embargo, cuando lo encontraron en otra situación, como compañeros sindicalistas, con un compromiso mutuo de por medio, entonces le contaron. Eso ha creado otra matriz sobre qué conocimientos hay que compartir.

Del mismo modo, el cañero, oyendo explicar al profesor universitario cómo era su cotidiano, con todas las dificultades que tenía, reflexionó sorprendido: *“¿Quieres decir que cuando terminas tu horario de trabajo, vas a tu casa y tienes que seguir trabajando en tu cabeza?!”. Es verdad que el intelectual no tiene un horario de trabajo delimitado del mismo modo que el cañero. Y el cañero le tenía piedad: “¡En la noche, cuando tu te acuestas con tu mujer, estás pensando en la clase que tienes que dar al día siguiente!”.*

Al mismo tiempo, el conjunto de conocimientos era inédito. Descubrimos que podíamos juntar y hacer interactuar lo que hasta ese momento parecía contradictorio y excluyente. Por otro lado, se ha podido ir construyendo un tipo de solidaridad muy difícil de imaginar. Un ejemplo de ello es que el compañero cañero estuviera conmovido por los sufrimientos del compañero profesor universitario, desde una manera que no había sido planificada por nosotros. El conocimiento de las contradicciones vividas por el otro nos revela una persona con la cual me puedo solidarizar. Ahí hubo un proceso muy importante. Tenemos una convicción ética que, muchas veces, se ha comprobado en la práctica: hay conocimiento con valor en todos los sectores populares y es conocimiento nuevo para los demás. Hay algo nuevo por construir ahí.

En EQUIP hemos estado atentos a que la metodología sea parte del contenido. En este tipo de cursos, en la parte final, siempre nos deteníamos a analizar el proceso que habíamos hecho durante el taller. Evidentemente, un proceso como ese, en que las distintas categorías ponen en común su experiencia, generaba una discusión fantástica. Ponía en crisis a los profesores universitarios sobre su metodología y su manera de trabajar en la universidad que estaba muy lejos de este tipo de cosas, por lo metodológico y lo pedagógico. Se fue creando un proceso muy rico de creación de conocimiento sobre la región, sobre las posibilidades de acción popular, por el hecho de haber puesto juntos a los diferentes a partir de una metodología pedagógica. Entonces, se fueron borrando las fronte-

ras y se fue creando una cultura propia. Eso es, tal vez, lo más importante de la experiencia vivida. EQUIP hoy no es una institución, es una escuela. "Escuela" en el sentido de la escuela renacentista de música, de pintura, en el sentido de un estilo, un patrimonio cultural común, que se ha diseminado y ya no nos pertenece. De tal manera que hubo momentos en los que se expuso la hipótesis de que EQUIP como tal desaparecería. La primera vez fue cuando se dio la discusión entre nosotros de que no podíamos quedarnos en lo sindical y teníamos también que empezar a poner la Escuela al servicio de los movimientos populares que se estaban multiplicando, que eran mucho más fragmentados, que no tenían esa misma presencia de la CUT. Los sindicalistas, en un primer momento, reaccionaron como si fuéramos a desperdiciar recursos en algo que no podía llegar a tener la fuerza que ellos tenían. Fue una larga discusión. La Escuela decidió que finalmente iba a emplear parte de sus recursos para la formación de los militantes y educadores de todos los movimientos populares del Nordeste: los movimientos de mujeres que estaban apareciendo, el movimiento negro, los movimientos parciales, el movimiento de salud popular, varios otros tipos de movimientos populares más fragmentados, más diversificados pero muy importantes. La CUT nacional requería recursos de una central obrera italiana, de ahí venía el dinero que nos hacía falta para funcionar. Los italianos nos dijeron que no nos daban más dinero. De repente, no teníamos un centavo más. Teníamos dos alternativas: volvíamos para atrás y nos afirmamos como escuela sindical, sometida incluso a la dirección de la CUT e indirectamen-

te de una central obrera italiana; o insistíamos en las convicciones que habíamos obtenido del análisis de nuestra realidad e íbamos a buscar recursos de otra manera. Nos decidimos por la segunda opción. Y eso fue importantísimo porque, enseguida, el movimiento sindical empezó a debilitarse por los cambios que el neoliberalismo trajo a la economía. Debido a los cambios tecnológicos fue muy rápido el achicamiento del mercado de trabajo durante los años '80 y los '90. Los movimientos populares pasaron a sostener el movimiento sindical, mucho de la permanencia del movimiento sindical se debe al apoyo que han tenido de otros movimientos.

Fortalecimiento de los movimientos populares

Hubo un proceso muy conflictivo que nadie lo hubiera podido imaginar a principios de los '80: el debilitamiento del movimiento sindical que parecía una potencia irresistible, que iba a crecer siempre más. Por otro lado, los movimientos populares, que parecían débiles y temporales, cobraron fuerza. Por ejemplo, había gente que a veces se unía y se organizaba para luchar por una vivienda digna. Se decía de ellos: *"El día que tengan casa se acabó"*. Y no fue así, porque con esta gente que empezó a luchar por su casa empezamos a desarrollar un proyecto de formación que iba más allá de la casa propia para estudiar la cuestión de la vivienda profundamente. En ese momento, teníamos la preocupación de la oposición entre capitalismo y socialismo. Entonces, uno de los argumentos de los sindicalistas era que esos mo-

vimientos no tenían una contradicción con el capitalismo, por lo que no podían llegar muy lejos en su lucha de transformación. Se los veía como movimientos que iban a ser fácilmente recuperados por el capitalismo. Entonces, nos pusimos a investigar si tenían o no contradicciones con el capitalismo. En realidad, los movimientos de vivienda tenían contradicciones profundas con el capitalismo. Esa discusión con la gente nos ha llevado a releer y a crear nuevos instrumentos de análisis que no nos daba el marxismo clásico, que no nos daba ninguna otra teoría. Todas las teorías sociológicas y políticas que había, contribuían para decir que no valía mucho la pena invertir en este tipo de movimientos. Pero fuimos descubriendo que sí valía la pena. Lo que pasó fue que en este proceso los que cambiamos fuimos nosotros, los educadores populares. Cambió mucha gente que era teórica. Siempre hemos tratado de recuperar gente de la universidad pública al servicio de los movimientos y, en cierta medida, lo hemos conseguido. Hay muchas universidades públicas del Nordeste con departamentos de extensión que actúan en colaboración con los movimientos; estos dicen qué es lo que hay que hacer y se trata de poner los recursos de la universidad a su servicio, incluso en la línea de la investigación. Hay mucha gente que llega para hacer su maestría y no saben muy bien qué es lo que van a investigar. Los movimientos ofrecen, a través de los profesores ligados con el movimiento, propuestas de temas que hay que investigar, orientaciones e incluso la facilitación para la investigación.

Ese es otro descubrimiento que hicimos en la práctica: que no hay oposición entre el saber popular y el verdadero sa-

ber científico –el conocimiento honesto, que investiga, que juzga, que quiere encontrar la verdad. Se complementan, se confirman el uno al otro. Puede haber oposición entre el saber popular y el saber escolástico, que muchas veces no es científico. Tiene una formalidad académica, pero no ha descubierto nada, no es ciencia, es pura palabrería. Esa relación ha influido en la calidad de la universidad, lo cual fue muy interesante. Siempre digo que alguien tiene que hacer su tesis investigando las universidades del Nordeste porque ha pasado algo nuevo ahí.

Por otra parte, los movimientos populares, que parecían tan frágiles, temporales, se han vuelto cosas muy permanentes, especialmente en el Nordeste. La gente que luchaba por la vivienda, cuando empezó a estudiar y a profundizar su investigación de por qué “*yo y mi familia no tenemos casa*”, llegó a una lectura de toda la ciudad y, a partir de allí, de la estructura social, del tipo de poder que tenemos. Eso generó un nuevo tipo de organización que fueron llamados *forums*. Son *forums* de políticas públicas. Tenemos, en cada municipio, muchos de ellos: los *forums* de educación –que reúnen organizaciones barriales, el sindicato de los maestros municipales, el sindicato de los maestros de escuelas privadas, gente de la universidad que investiga la educación–, los *forums* de viviendas, los *forums* de niños y adolescentes... Los *forums* son una primera instancia de organización de gente que se reúne periódicamente para discutir diversas cuestiones. No son instancias de acción y no han querido absorber a los movimientos; no se trata de una central de movimientos sino de espacios de producción de conocimientos y de

establecimiento de alianzas. Así se crearon los *forums*, que articulaban todo tipo de gente con instituciones que tenían que ver con tal o cual temática, cuyo último objetivo era llegar a la cuestión de las políticas públicas. Ese “movimiento”, poco a poco, descubrió la posibilidad de una instancia institucional que no era la transformación del *forum* en una institución cualquiera, sino que significó la reivindicación muy firme de que se crearan órganos específicos de participación directa del público en la discusión de políticas públicas a lo largo del tiempo, los Consejos Municipales de las diversas políticas públicas.

Una vez que en año '84 cayó la dictadura, la democracia liberal, de votar para poner a alguien arriba, para nosotros se volvió insuficiente. Entonces, la lucha democrática pasó directamente de la lucha por la redemocratización del voto a la lucha por una nueva etapa de democratización que es la constitución de órganos de control popular sobre la ejecución y el planeamiento de políticas públicas. Eso generó una gran movilización en todo el país que hizo presión sobre la asamblea constituyente que se inició a finales del '86 para reconstruir el país después de la dictadura militar. Ahí se crearon, como órganos constituyentes de la estructura institucional brasileña, los consejos municipales, estatales y nacionales para cada rama de política pública, que son absolutamente necesarios. Por ejemplo: aquel municipio que no haya instituido su consejo de educación no recibe la parte de recursos federales que se destinan a educación. Se trata de una representación tripartita: del gobierno de la Nación, de los prestadores de servicios —aquí entran

las empresas privadas que prestan servicios al gobierno, los fiscales delegados que prestan el servicio público por convenio con el gobierno, los hospitales privados que son canales de aplicación del sistema único de la salud; pero también los sindicatos de los trabajadores de la salud, de la educación, etc— y los usuarios —el pueblo en general, representado por los distintos tipos de organizaciones, asociaciones barriales, las Iglesias. Según la correlación de fuerzas local, si la gente está capacitada, si los cuadros son buenos, se logra tener un importante control de políticas y recursos. Es un proceso de lucha que permite que, incluso en lugares donde la municipalidad está en manos de políticos muy conservadores, éstos no tengan la libertad para hacer cualquier cosa dado que está la gente.

Volvemos al punto de la falta de sintonía entre el ritmo de la educación y el ritmo de la política. Hubo un proceso de formación y educación que permitió una movilización bastante fuerte para crear la institucionalidad democrática y participativa de los consejos. Pero esto no fue suficiente para llenar todos esos espacios con gente preparada. Hay muchos municipios controlados por el alcalde porque el movimiento popular no tiene consistencia para ocupar los espacios. Los trabajadores del servicio público no están organizados en sindicatos, entonces son comprados fácilmente por el otro bando. Sin embargo, esto no quiere decir que el instrumento no sea bueno. Tenemos que dedicarnos al trabajo de formación para que se pueda volver a ocupar esos espacios.

Nuestra historia ha generado todo lo que ha pasado. En cada etapa en que dimos un paso que resultó y que parecía

El tipo de lazos que se establecían entre los participantes, no sólo eran lógicos y políticos, sino también afectivos. Fue en ese momento cuando nacieron las redes.

que los educadores populares —y la misma EQUIP— nos íbamos a volver superfluos, nuevos desafíos aparecieron. Aquella Escuela que en el '86 se constituyó cuya aspiración era, casi toda, la formación sindical, hoy tiene como uno de sus principales desafíos la formación de la gente para la participación en los consejos, en las políticas públicas locales y los movimientos juveniles que han resurgido con fuerza. En gran parte de los cursos que hacemos, la temática más urgente es el presupuesto participativo, las leyes que permiten el control popular, etc. El proceso mismo va generando nuevas necesidades. Hacemos el trabajo de la educación que agiliza a la gente para ganar fuerza y movilizar algo.

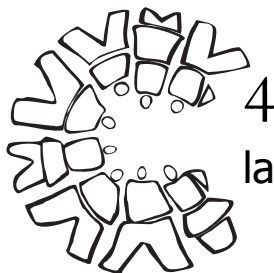
Redes sociales en el Nordeste brasileño

Otra cosa muy interesante en nuestro proceso es que, para la mayoría, lo que le pasaba a la persona al entrar en esos colectivos fue muy importante. Nosotros mismos nunca lo pensamos. De hecho, nos habíamos pensado como una institución para prestar servicios parciales. Teníamos una visión bastante modesta del lugar de esta iniciativa en el conjunto del desarrollo de las fuerzas populares. A lo largo de los módulos de trabajo de la Escuela, el tipo de lazos que se establecían entre los participantes, no sólo eran lógicos y políticos, sino también afectivos. Se empezó a crear una especie de drama porque los talleres terminaban y la gente decía: *"ahora no va a haber nada más entre nosotros"*. Fue en ese momento cuando nacieron las redes. La primera red fue la de los educadores populares —que muchas veces son dirigentes

de los movimientos populares. No fue un proyecto de la dirección de EQUIP. Nuestra propuesta era acompañar las demandas que iban surgiendo. Se creó, entonces, la red de educadores populares del Nordeste. Más adelante, cuando entramos en la problemática de las políticas públicas, se creó de la misma manera una red de políticas públicas. También una red de movimientos juveniles, que va desde los grupos de élite hasta movimientos juveniles revolucionarios.

También sucedió que la demanda de formación de militantes se ha multiplicado de tal manera que el pequeño equipo de cinco que éramos no podíamos responder a ella. Eso coincidió con el deseo de la gente de seguir juntos. Entonces nosotros les propusimos un desafío: *"Miren, hay una demanda enorme y nosotros no podemos hacerle frente... ¿Quieren compartir con nosotros lo que están haciendo?"* Entonces, un núcleo de la Red asumió la formación de los militantes del movimiento popular en los estados del Nordeste. En diálogo con el equipo de EQUIP y con los demás, se creó un colectivo que tiene su autonomía y que organizan el intercambio.

Otra cosa muy interesante es que ahora la Red de Educadores tiene una lista en Internet donde todos los días hay alguien que escribe algo —que puede ser un informe, un artículo que les pareció importante, un pedido de opinión sobre el guión de un taller que van a hacer o el informe de las caravanas de formación que han hecho por el interior, alguna broma, felicitaciones por los cumpleaños... en fin, una vida compartida. Es interesante para saber qué se hace en la red, qué tipo de cuestiones que están discutiendo, qué tipo de preocupaciones hay allí en un determinado momento.



la aventura de los *educadores populares*

La educación popular como práctica de cambio

Esa aventura en que nos metimos como educadores populares es un proceso muy largo. Cuando decimos que es un proceso muy largo no quiere decir que sus frutos van a estar fuera de nuestro alcance. La educación popular tiene que tener la característica de poder producir al hacerse, en alguna medida, lo que dice que quiere producir. El motivo por el cual nos metemos con la educación popular es porque la vida así como está no sirve, la queremos transformar. Estoy convencida, a partir de mi experiencia, de que cada paso en el camino de la actividad ya cambia algo de nuestra vida, trae algo nuevo. La práctica misma del proceso de educación popular es ya cambio de la vida. Y eso es profundo. He podido acompañar a gente, a otros compañeros y a mi misma, durante 30 años y eso es evidente. A veces, hay personas cuya his-

toria, en relación a los proyectos de acción en los que se ha metido, es una historia de fracasos; pero eso no significa que la persona sea un fracaso. En dos sentidos: primero, es alguien con una personalidad rica, desarrollada; segundo, sigue creando, inventando luchas que sólo parcialmente son fracasos, ya que en realidad son elementos que han estado poniendo en movimiento la dialéctica de la historia de los movimientos sociales. El crear colectivos, el estimular la búsqueda de maneras distintas de hacer las cosas, aunque funcionen como lo hemos planificado o no, eso en sí mismo es ya cambiar la vida. Es verdad que nuestro proceso es muy largo, y aguantamos que sea tan largo porque no tenemos que esperar a su fin para tener sus frutos.

El anterior es un elemento muy importante para la evaluación de todo proceso de educación popular. Por eso es que al principio hablaba de la necesidad de identificar aquellas cosas que nos han

La educación popular es el investigar, pensar, planificar, arriesgar y experimentar constante del pueblo en su camino de conquista de una vida más humana: entonces, no puede ser repetitivo

dado mayor satisfacción. Porque cuando nos metemos en eso, lo que nos da satisfacción es saber que estamos teniendo una incidencia en la realidad. Eso es posible por poquito que hayamos hecho hasta ahora. No se trata de aguantar un proceso que es muy largo y que nos pesa. Al contrario, es algo que, en la medida que uno se mete, quiere que sea largo, que no se termine. Eso le pone salsa a la vida, porque es una vida donde no hay rutina. Cuando las actividades de educación popular tienden a volverse rutinarias hace falta una buena autocrítica, una buena evaluación porque algo está fallando. Ese no es nuestro rol, la enseñanza rutinaria es el rol del sistema educacional o de la Iglesia que tiene que empezar el catecismo con todos los niños que vienen. La educación popular es el investigar, pensar, planificar, arriesgar y experimentar constante del pueblo en su camino de conquista de una vida más humana. Entonces, no puede ser repetitivo. A veces, algunas ONGs que quieren ser de educación popular producen cuatro o cinco modelitos de taller y luego los venden en todos lados y por varios años. Eso es otra cosa, no es educación popular, es una clase de instrucción.

¿Qué somos nosotros? Somos un cuerpo de investigadores de los límites, los márgenes, las fronteras. Somos los que investigan lo que los sistemas oficiales de investigación todavía no se han dispuestos a investigar. Somos los que investigan en otro ritmo. Siempre me ha molestado cuando vienen los compañeros que son investigadores científicos, académicos, gente muy capacitada y muy sincera, pero que buscan hacer una investigación de lo que está pasando hoy para compartir finalmente el resultado, por ejemplo,

en cinco años. Entonces, ya no será más hoy, y ya estará pasando otra cosa, lo producido no servirá para orientar a la acción popular. Porque el ritmo de la universidad es ese. Sirve para escribir otros textos, sirve para pensar bonito, pero no sirven tanto para ayudar a cambiar el presente, para tratar de proponer respuestas activas a la realidad con una mayor posibilidad de éxito. Nosotros somos investigadores por eso: nuestra necesidad de investigar, de descubrir, de crear conocimientos y de cruzar conocimientos tiene otras características. El educador popular se hace educador popular porque de alguna manera sabe otras cosas que no sabe toda la gente (que pueden ser distintos tipos de cosas). Sabe de educación popular, puede haber ido la universidad y ha estudiado con profundidad la economía, la sociología, la enseñanza. Sabemos algo que no es común, pero, por otro lado, no sabemos todo.

En ningún momento he dicho que el pueblo lo sabe todo, que los pobres lo saben todo. Lo que digo es que podemos tener la certeza absoluta de que los pobres saben cosas que nosotros no sabemos y que no tenemos otra manera de saberlas sino preguntándoles. Y no hay manera de que nos contesten si no hemos creado lazos de confianza y de fraternidad –que se crean en la acción y en la práctica. Nada de eso está dado. Estamos en el núcleo de posibilidades de relaciones que no son normales en la sociedad estratificada y dividida en que vivimos. Cuesta, porque es intentar generar algo que no existe todavía. Nos ponemos en una posición donde podemos mirar y hacer el encuentro, las críticas mutuas de dos o tres campos de saber que normalmente están separados.

Me veo hoy con las mismas dudas que hace 40 años, pero en otro contexto. Aquellos principios, aquellos descubrimientos que he hecho 40 años atrás, todavía los tengo que mantener. Hoy ya es otra cosa porque existe el discurso de los posmodernos, que trata de desmoralizar todo lo que saben las personas. Para este discurso, ningún saber vale nada, todos los saberes valen lo mismo, porque ya el saber no se destina a que alrededor suyo se creen colectivos que tengan propuestas para el mundo. Incluso, bajo la bonita capa del respeto a la diversidad, lo que está muchas veces es el “vale todo” y el “tú no te metas”. Eso le quita sentido a cualquier colectivo, a cualquier intento de crear una cultura común.

Superando muros

Retomando lo anterior, si uno se pone a mirar la sociedad y la analiza objetivamente, ve que hay poquísima gente situada en esa frontera con capacidad de circular de un lado y de otro. Nosotros tenemos condiciones privilegiadas de crear conocimientos y movimientos de la sociedad que muy pocos grupos y muy poca gente tienen. No veo muchos otros movimientos en ese sentido, en esa misma posición. Por ejemplo, la Iglesia, que se había comprometido con la realidad y la vida del pueblo, y que hacía también ese tránsito, ahora en mi país parece que está desapareciendo porque se fue metiendo de nuevo en la sacristía y a los laicos sólo se los quiere como monaguillos. Entonces, esa posición abierta y fronteriza es muy importante y es ahí donde nosotros nos estamos metiendo, es nuestro lugar, específico de los educadores populares.

Hace unos meses, en Brasil, a partir de un brote de violencia que hubo en Río de Janeiro, políticos conservadores han propuesto que se construyeran muros alrededor de las favelas. Al mismo tiempo, pasaron algunos reportajes sobre brasileños muertos por intentar pasar el muro entre México y Estados Unidos. Pasaron por debajo de la reja, guiados por gente que les saca dinero por hacer eso, y se murieron de hambre en el desierto. Al mismo tiempo estaba ya la construcción del muro en Israel para aislar a los palestinos. Es impresionante cómo está instalada la idea de que los muros pueden lograr la paz y no la guerra. Se ha tornado tan irreconciliable la contradicción entre los pobres, los afligidos —que ya hoy no son más explotados sino rechazados— y los privilegiados, que ya la gente no ve otra salida sino la de los muros. Si uno maneja el lenguaje marxista, la explotación tiene un significado preciso (tu le vendes tu mano de obra al patrón que de ahí va a sacar una plusvalía)... Antes se luchaba contra la explotación. Ahora, tenemos masas enteras luchando por ser explotadas. Estamos luchando por el empleo en el mercado capitalista, por el contrato de trabajo, pidiendo “por el amor de Dios” que nos saquen plusvalía.

Es inmenso el nivel de división que se ha introducido en la sociedad. Nunca el capitalismo ha sido tan brutal en sus efectos, ya nadie puede tener la ilusión de que por su propio desarrollo va abriendo posibilidades. No es una idea, son muros reales los que se están construyendo. No tenemos que aceptar muros. Al contrario, debemos estar incluso donde los hayan puesto, meternos a caballo sobre los muros, de un lado a otro, saltando de acá a allá, dándonos la mano. Es la única ma-

Tenemos condiciones privilegiadas de crear conocimientos y movimientos de la sociedad que muy pocos grupos y muy poca gente tienen.

La ilusión de que vamos a construir otra sociedad solamente con los pobres y con los bienes que quedan en manos de los pobres no tiene sentido.

nera. Podríamos pensar que lo mejor sería ponernos del otro lado del muro, como cuando discutíamos que hay que trabajar sólo con los más pobres. Pero eso no podemos hacerlo, no es justo. Los muros no se hacen sólo para contener a las personas de un lado, sino también para sacarles los bienes que se van acaparando, y que han costado el trabajo y la vida de esa gente, para el otro lado. La ilusión de que vamos a construir otra sociedad solamente con los pobres y con los bienes que quedan en manos de los pobres después del saqueo no tiene sentido. Muchas de las experiencias de economía solidaria que, en los últimos 30 años hemos estado haciendo, han fracasado porque eran demasiado románticas. Se creía que los más pobres entre los pobres pueden resolverlas con lo que tienen. No pueden porque desde hace siglos lo que han producido se lo han sacado. Entonces, sin excedentes —sin la capacidad de acumular conocimientos, vida, bienes, técnicas— no hay historia, no hay posibilidad de inversión, no hay desarrollo económico ni solidario ni otro. En realidad, tenemos que sacarlos y redistribuirlos mirando desde los dos lados del muro y viendo las oportunidades, abriendo brechas en él, hasta que se hayan acumulado fuerzas para tirarlo abajo. Es una posición de poder ser capaces de ver la realidad desde los dos lados. Al hacer eso, ya estamos perturbando el orden.

Saberes, capacidades y tendencias en diálogo

Tengo 62 años y no soy nostálgica. Eso lo atribuyo a esa formación que me da la educación popular. Nosotros no tenemos tiempo de andar mirando para atrás y

echándonos en cara los errores que cometimos. La historia pasada la retomamos para aprender para el futuro. Ese es un deporte fantástico, es el desafío que te mantiene en actividad. En cualquier lugar se puede hacer educación popular. Lo que va pasando con nosotros es también señal de lo que está pasando con la gente con la cual trabajamos. Esa es otra cosa que me parece importante. A veces nos preguntamos si trabajar, o no, con viejos militantes de partidos políticos. En ese viejo militante de partido político, que ha recibido esa formación a veces “cuadrada”, hay una persona que seguramente está incómoda. Con él podemos hacer acuerdos y pedirle aquello que él puede dar a nuestro proyecto. Es un principio bastante sencillo. Cuando se trabaja en una organización popular y en educación popular, hay una enorme multiplicidad de tareas. Es muy importante que todos tengamos qué hacer. Lo que trae a la gente, y lo que la atrae, no es lo que recibe, es lo que se le pide que haga y que produzca. Es sentirse activo, útil, importante; capaz ocupar un lugar.

Muchas veces hacemos perfiles y modelos de militantes casi perfectos —muy lejos de cómo somos nosotros— y quien no cuadra en eso no sirve para nuestros proyectos. No tiene que ser así. Nosotros hemos formulado, después un tiempo, el siguiente principio, para los movimientos populares y los proyectos de educación popular: pedir de cada uno todo lo que pueda dar y sólo lo que pueda dar en cada momento. Claro, no se trata de paralizar a la gente en un estadio de desarrollo y suponer que no va mas adelante, pero sí saber que lo que lo va a llevar más adelante es que logre ser activo hoy, como es ahora y no sólo cuando esté “for-

mado". Si pudiéramos descubrir de cada compañero qué cosa hace bien y abrir espacios para que esa cosa se realice sería muy importante.

Tenemos, allá en mi ámbito, un compañero que se ha pegado a la red de educación y que había sido rechazado en varios otros lugares. Digamos que se llama Juan. Juan, tenía limitaciones importantes en general, no comprendía con claridad lo que se le decía. Hubo un tiempo en que nos preguntábamos cómo íbamos a hacer para liberarnos de él. Muchas veces perturbaba el ritmo de los talleres con las tonterías que decía y la gente perdía la paciencia. Generalmente, pedía la palabra en las reuniones y empezaba a hablar de otra cosa; era una perturbación total... ¡y lo hacía siempre cuando había poco tiempo! Pero un día estábamos en un seminario de cultura e iba a venir un conferencista. Lo estábamos esperando cuando nuestro compañero se levantó y dijo: *"Ya que estamos acá y estamos muy aburridos, yo les voy a contar unos chistes"*. Y salió con una serie de chistes... La gente se mataba de risa. Nosotros teníamos un poco de miedo de que el conferencista, que nos había costado mucha plata, no llegara y, como estábamos al final del evento, la gente empezara a irse. Todos se quedaron y esperaron al conferencista retrasado sin aburrirse. Desde ese día, la gente empezó a planificar las actividades metiendo un momento especial para los chistes de Juan. Entonces, pasó que Juan ya no perturba a los demás. Por primera vez en su vida hay un lugar para él, es solicitado; se ha encontrado. De hecho, se ha calmado mucho, ha empezado a prestar atención a lo que dicen los demás y ya no dice tonterías, entra en el asunto y da su contribución.

Se trata de descubrir qué es lo que cada uno sabe y le gusta hacer. Son dos cosas que van de la mano. Hacemos mejor lo que nos gusta hacer. Eso tiene que ver con la diversidad de los estilos del educador popular, la diversidad de las técnicas que se utilizan. No existen las dinámicas propias de la educación popular ni tampoco hacer educación popular es llenar cualquier cosa de dinámicas. Ese equívoco está por ahí y es muy común el engaño de, en nombre de la educación popular, ofrecerse una serie de conferencias muy escolásticas que a cada rato se las interrumpe y se les hace hacer un juego a la gente para después volver a lo escolástico.

Hay muchos estilos distintos posibles. Cada equipo tiene que desarrollar su estilo y no tratar de proponerlo como "el estilo" o como lo mejor que hay. Cualquier cosa que hagamos tiene sus insuficiencias. Es bueno poder presentar las insuficiencias; por los huecos que tienen en los contornos, es que nos permiten encajar con los huecos de otros compañeros. Eso es algo que en nuestra experiencia ha sido muy importante. Nos hemos rehusado a ser la Escuela de la CUT, del Partido de los Trabajadores o de la Iglesia, de tal una o tal otra línea. Decíamos: *"Aquí es el espacio donde todas esas cosas se pueden encontrar y dialogar"*. Actores que en el campo político, donde siempre había arduas disputas, no podían hablarse con los otros, iban a la Escuela para explorar conocimiento y no para tomar una decisión de lo que se va a hacer. Como en ese espacio no hay poder en disputa, sino conocimiento a compartir y a construir, podemos convivir todos más fácilmente.

No existen las dinámicas propias de la educación popular ni tampoco hacer educación popular es llenar cualquier cosa de dinámicas.

Crear espacios que junten lo que podría estar dividido: eso demanda una metodología que favorezca que esto se mantenga.

Voy a dar un ejemplo que pasó con nosotros muy al principio. Había todavía en Brasil una pulverización de micro-partidos revolucionarios, semi-clandestinos, juveniles, muy combativos: las famosas "tendencias". Cada uno de ellos era "la vanguardia de la vanguardia". Y toda esa gente se metió en la CUT, por supuesto, para ver si la hegemonizaba. Tenían una actitud permanente de pelea. Sobre cualquier asunto sobre el que se hablaba, ellos tenían que mostrar que sabían más, que tenían más poder. Y nosotros, que estábamos en el ámbito, podíamos identificarlos. Entonces, propusimos que todas las tendencias se presentaran: "Pensamos que es fundamental conocer y analizar a las distintas "tendencias" que están presentes en el Movimiento. Entonces, les vamos a pedir que cada "tendencia" se reúna. Les damos una mañana entera para preparar una presentación lógica, argumentada de todas sus posiciones sobre el Movimiento Sindical y también sobre la política nacional. El programa, la plataforma de su tendencia. Cada tendencia tendrá, a partir de esta tarde, toda una hora para exponer. Hay una única regla para eso. Ustedes tienen que construir toda su argumentación en forma positiva. En ningún momento pueden atacar a los otros. Pueden atacar al imperialismo, al Papa, a lo que quieran; pero a las otras tendencias no. Las otras tendencias pueden hacer preguntas para comprender mejor, pero no los pueden insultar".

Lo más interesante de todo fue que ningún grupo logró hablar más de 15 minutos porque no tenían argumentos. Porque en realidad lo que mantenía a estos movimientos era la adrenalina de las disputas entre ellos mismos, era el sentimiento de estar en una cosa secreta. Me

acuerdo que en una de las primeras veces que hicimos eso, al final del curso, un grupo de tres muchachos nos pidieron a un compañero y a mí que conversáramos con ellos: "Al final nos dimos cuenta de que no sabemos por qué estamos defendiendo esas cosas. Fuimos llevados por un tipo que nos metía adentro y sólo quería usar de nosotros para mantener su liderazgo. Entonces, hemos decidido que vamos a salir." Y nosotros les dijimos: "Ustedes acaban de descubrir que han entrado en algo sin saber lo que era y ahora van a salir igualmente sin saber lo que es. Van a hacer la misma tontería. Lo que ustedes tienen que hacer es levantar la discusión dentro de la organización sobre qué es eso, y por qué esas actitudes y esas posiciones. Y por lo menos harán algo." El comportamiento que tuvimos y el efecto que eso surtió en los movimientos del Nordeste fue algo que después se fue desarrollando y pertenece a la memoria histórica de la región la manera en que se fueron resolviendo muchas pugnas entre tendencias. Es importante crear espacios que junten lo que podría estar dividido. Y eso demanda una metodología que favorezca que esto se mantenga.

Preguntas genuinas

La pregunta es algo importante en la educación popular. Por supuesto que el entrenamiento nos hace más capaces de hacer preguntas, pero yo creo que la cualidad principal de la pregunta, en esa línea, es que sea genuina, que el que pregunta lo haga porque, por lo menos en parte, no sabe la respuesta.

Hay dos cosas que se hacen porque no se ha comprendido a fondo lo que es la educación popular. Una es hacer pre-

guntas de las cuales yo (pienso que) sé toda la respuesta, para conducir al otro a decir lo que yo quiero que él diga, y que tenga la impresión de que lo dijo él y no yo. No me parece algo muy correcto porque es tapar las diferencias de conocimiento, esconderlas. Es hacer preguntas para que el otro crea que yo no sé y que él sabe.

La otra cosa es hacer preguntas que nadie sabe y que sólo yo puedo contestar. He visto gente que hace preguntas sabiendo muy bien que el otro no le va a dar respuestas. Es el caso de una persona que llega y pregunta: *“¿Ustedes saben cómo funciona la bolsa financiera en Nueva York?”*. La gente dice que no. *“Ahora les voy a explicar”*, les dice luego la persona. Esas cosas suceden con frecuencia y no tienen sentido. Son falsas preguntas, pura retórica y no es esa la pregunta característica de la educación popular.

Diferente es la pregunta en la cual ni yo, ni los demás saben todo. Todos sabemos algo. Debemos hacer preguntas sobre las cuales el otro pueda responder algo y formularlas de manera que las pueda comprender y contestar con su experiencia concreta. En esta manera de preguntar la gente va a tener que poner su visión y su conocimiento. La pregunta es solicitar, con varios medios posibles, el conocimiento del otro porque nosotros todos, incluso el educador, por supuesto, lo necesitamos para llegar a un conocimiento más completo de la realidad. El escritor portugués José Saramago el otro día dijo, de manera muy simple, algo muy importante: *“para conocer bien alguna cosa, hay que darle la vuelta entera”*. Eso quiere decir mirarla desde todos los puntos de vista, lo que implica necesariamente el punto de vista de cada persona cuando se trata de la realidad social.





Esta publicación del
CENTRO NUEVA TIERRA
se terminó de imprimir en
Imprenta de Madres
en Mayo de 2005
Solís 490, Capital Federal
mauriciogalaz2003@yahoo.com.ar

